

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Juan Francisco FUENTES y Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, *Historia del periodismo español. Prensa, política y opinión pública en la España contemporánea*, Editorial Síntesis («Ciencias de la Información. Serie periodismo», 16), Madrid 1998 (397 pp., 1ª reimpr.).

La historia de la prensa en España ya no es un terreno virgen para el investigador, como lo fue hasta hace poco tiempo. Se cuenta en la bibliografía con varias historias del periodismo de notables proporciones, obra de autores como Pedro Gómez Aparicio, Paul Guinard, María Cruz Seoane y María Dolores Saiz; además, disponemos de actas de congresos y de una buena cantidad de monografías, artículos e incluso ediciones, relativos a diferentes publicaciones, aspectos o personas que configuran la trayectoria de la prensa española. El planteamiento de esta nueva *Historia del periodismo español* surge precisamente de esa constatación. Fuentes y Fernández Sebastián alegan que es necesario pasar de la historia de los periódicos —estructura a la que vienen a parar la mayor parte de las obras globales antes citadas— a la historia del periodismo en sí, centrándose en lo que el periodismo tiene de fenómeno socio-político específico: «nuestra propuesta se sitúa en un marco interpretativo más amplio y complejo como es el de la historia de los movimientos políticos, sociales e ideológicos, en cuyo desarrollo los medios de comunicación han actuado muy a menudo

como vehículos y, no pocas veces, incluso como protagonistas o factores desencadenantes» (pp. 9-10). Se evita, pues, la acumulación de noticias sobre las sucesivas publicaciones, en favor de una mirada global, analítica, de la evolución del periodismo en su relación con la política y, más en concreto, con la idea de opinión pública, que remite a su vez al problema de la configuración del sujeto histórico que protagoniza los acontecimientos (nación, pueblo, clase...).

El libro consta de doce capítulos, seguidos de cronología, bibliografía e índices de documentos, onomástico y de medios de comunicación. Parece que los autores han orientado su interés hacia el siglo XX, al menos por el reparto del volumen. De 345 páginas útiles de texto, se dedican al periodo anterior a 1868 —el que interesa particularmente para los fines de esta reseña— tres capítulos con unas cien páginas (sólo treinta páginas cubren el XVIII y siglos anteriores), es decir menos de la tercera parte del total; otras cincuenta páginas se consagran a la segunda mitad del siglo XIX, distribuidas en dos capítulos. Del siglo XX, llegando hasta nuestros mismos días, se ocupan los siete capítulos finales a lo largo de unas 180 páginas. No obstante, aunque los periodos ilustrado, liberal y romántico reciben un trato un tanto secundario respecto a la etapa posterior, no se puede decir que la distribución de la materia sea desproporcionada, porque el volumen y peso del periodismo a partir de la Restauración es mucho más grande que en las décadas anteriores.

En cada capítulo los epígrafes iniciales

esbozan los procesos socio-políticos que caracterizan esa etapa y el papel que en ellos juega la prensa. En las secciones siguientes se articulan las líneas principales en que se agrupan y definen los periódicos y periodistas, casi siempre en función de criterios ideológicos y de clase. Finalmente, cada capítulo va cerrado por un selecto y muy interesante cuerpo de documentos, mapas y cuadros estadísticos, lo que resultará de enorme utilidad para los fines didácticos que parecen estar entre los móviles de esta iniciativa editorial. Es especialmente aplaudible esta característica, si se tiene en cuenta que la prensa y el periodismo no suelen recibir un tratamiento específico en los planes de estudios de numerosas titulaciones universitarias en que serían de gran utilidad, como, por ejemplo, las que afectan a la historia, literatura y pensamiento de la España contemporánea.

Este planteamiento es novedoso, ambicioso y, sin duda, necesario. Se trata, pues, de ver si los resultados están a su altura. La valoración general es, de entrada, muy positiva y por ello hay que acoger calurosamente la aparición de esta obra, que va a suponer muy probablemente una referencia básica en el futuro, porque viene a complementar las otras historias de la prensa disponibles, que facilitan un caudal de datos más amplio y minucioso. No obstante, la opción metodológica escogida por los autores entraña algunas carencias y limitaciones de enfoque, ligadas a los objetivos mismos que se plantean y no desde luego a la impericia en su desarrollo, pues es una obra impecablemente estructurada y cumplida. Aquí voy a referirme a los dos defectos más evidentes, que son el carácter demasiado panorá-

mico y el enfoque casi exclusivamente político de la materia.

Los autores, como ya señalé, evitan acumular noticias sobre publicaciones concretas, limitándose a mencionar los grandes nombres inevitables y a trazar, ante todo, los procesos globales. El problema de ese sistema es que resulta difícil, dado el tamaño más bien reducido del libro, no derivar en una visión demasiado comprimida; en efecto, las secciones generales de cada capítulo suelen ser mucho más interesantes que las que descienden a los aspectos más particulares de las diferentes empresas periodísticas. La necesaria limitación de espacio hace que apenas se aporten datos de interés, más allá de los disponibles en cualquier otra fuente general, sobre publicaciones como *El Censor* (de tiempos de Carlos III), el *Semanario Patriótico*, *El Censor* (del Trienio), *El Español*, el *Semanario Pintoresco Español*, *La Correspondencia de España*, *La Época*, *El Imparcial*, *El Liberal*, *La Ilustración Española y Americana*... y el resto de publicaciones punteras que han ido configurando la historia de la prensa. Desde luego, todas estas publicaciones son tratadas de manera relevante, pero aparte de situar con gran precisión su papel histórico, político y sociológico en la evolución del periodismo español, la información es necesariamente escasa. Del resto de periódicos y revistas de menor relevancia se ofrece incluso menos datos, a veces sólo listas agrupadas por tendencias políticas.

Por otra parte, la marcada orientación hacia lo político que se plantean los autores de esta historia les hace insistir de forma recurrente en la relación de las sucesivas etapas de la prensa con los distintos partidos o tendencias organizadas, así

como con las clases sociales a las que cada publicación se dirige. No se puede dudar de que las síntesis que realizan de los acontecimientos históricos y sociales que van enmarcando las etapas en que se divide el libro, son realmente brillantes, parten de un conocimiento de los hechos muy exhaustivo y actualizado, y arrojan mucha luz sobre la cuestión. No obstante, no deja de producir la impresión de que se ha pulsado demasiado la tecla de la política y que la concepción del periodismo como conformador de la opinión pública en asuntos de gobierno y de lucha partidaria es excesivamente acaparadora del análisis. Quedan fuera del marco de estudio, o simplemente apuntados, importantes fenómenos en los que la prensa jugó un papel esencialísimo, como pueden ser la configuración de géneros y estilos literarios, la formación de nuevos hábitos culturales, el papel jugado en la difusión de movimientos ideológicos o artísticos, en la vulgarización científica, en el desarrollo de unos circuitos culturales de ámbito local relacionados con espacios de sociabilidad previos (ateneos, academias, tertulias..., y no sólo los cafés de los liberales y las fábricas de los obreros, que sí reciben el énfasis necesario), etc.

Como ejemplo, puede indicarse el diferente tratamiento recibido por dos fenómenos culturales de primera línea: mientras que se hace un gran esfuerzo para caracterizar la Ilustración y relacionarla con la prensa, casi ni se menciona el Romanticismo, cuya vinculación con el mundo del periódico es bastante más importante. La explicación parece residir en que el pensamiento ilustrado es inseparable del contexto político y gubernamental del periodo en que estuvo vigente, mientras

que el reinado de Isabel II, que conoce la introducción del movimiento romántico, es analizado exclusivamente en torno a los conceptos histórico-políticos de lucha partidista entre las distintas facciones del liberalismo y de sus opositores, y el movimiento romántico queda entonces como el correlato cultural de esa etapa política y por tanto fuera del interés prioritario. Es decir, es la política la que estructura el estudio de Fuentes y Fernández Sebastián más que cualquier otro aspecto ideológico, artístico, cultural o social. Ésa es la visión que los autores suscriben en el subtítulo de la obra, por lo que no se les puede acusar de incoherencia, especialmente cuando el desarrollo de ese plan se hace con tanta brillantez y penetración como ocurre en este caso; no obstante, esa visión excesivamente politizada no deja de ser también la mayor limitación de esta *Historia del periodismo español*, ya que arroja fuera del marco de estudio un buen número de aspectos que es difícil considerar menores.

En cambio, este método de análisis obtiene sus mejores resultados —en la parte dedicada a los siglos XVIII y XIX— cuando intenta aprehender el capital, pero escurridizo concepto de opinión pública, idea cuya progresiva construcción supone el eje de los primeros capítulos del libro. Pese a ser un aspecto determinante en todos los órdenes de la vida española a partir al menos de 1808, lo cierto es que son muy pocos los trabajos en que pueda leerse una aproximación mínimamente perspicaz y detallada a dicho concepto, que parece a menudo darse por supuesto, cuando en realidad es un elemento complejísimo. Fuentes y Fernández Sebastián, sin embargo, aciertan a delimitar con

una precisión inhabitual las distintas acepciones y matices que coexisten en la idea de opinión pública, según las respectivas posiciones ideológicas y en relación con otros conceptos centrales, como por ejemplo el de nación, del que se dicen algunas cosas importantes: «la proliferación de publicaciones periódicas constituye (...) en sí misma un factor de primer orden en los procesos de toma de conciencia cívica y nacionalización del imaginario de las gentes; los vínculos espirituales entre conciudadanos se fortalecen indudablemente por la lectura de los periódicos, a través de cuyas páginas el lector se siente cotidianamente partícipe de esa comunidad imaginada a que llamamos nación» (p. 48).

Sólo por eso merecería la pena adentrarse en el denso y utilísimo libro de estos dos investigadores, pero no es necesario limitarse a ese aspecto, ya que esta *Historia del periodismo español* está llena de buenas virtudes y en conjunto es una obra distinta, nueva en su género y sumamente recomendable.

Fernando DURÁN LÓPEZ

José Luis TERRÓN PONCE, *Ejército y política en la España de Carlos III*, Ministerio de Defensa («Colección Adalid»), Madrid 1997 (341 pp.).

La obra consta de dos partes prácticamente iguales en extensión, pero bien diferenciadas en cuanto al contenido. La primera analiza globalmente la situación del ejército español durante el reinado carolino; la segunda, tras unas páginas introductorias sobre la política internacio-

nal al comenzar el último cuarto del siglo XVIII, estudia con detalle el asedio y conquista de Menorca entre 1781 y 1782.

Tras la lectura, se tiene la impresión de que la investigación se desarrolló a la inversa, es decir, primero se estudió el caso menorquín, y después se amplió el estudio al ejército en tiempos de Carlos III, lo cual no es negativo, como veremos, y tiene su lógica.

La toma de Menorca se enmarcó en el contexto de la política internacional española, dominada en esa época por las alianzas con Francia derivadas de los llamados «pactos de familia», una política que tenía como segundo eje el enfrentamiento con la corona inglesa, agudizado con la colaboración hispanofrancesa a los antiguos súbditos de las colonias inglesas en su guerra de independencia.

Aprovechando la relativa debilidad inglesa se intentó la recuperación de las posesiones que la corona británica controlaba en España: Menorca y, sobre todo, Gibraltar —en manos inglesas desde la Guerra de Sucesión.

A lo largo del siglo XVIII hubo varios intentos de reconquista, aunque el esfuerzo más importante por recuperar los territorios fue el emprendido en tiempos de Carlos III, entre los años 1780 y 1782. Terrón Ponce analiza con todo detalle el ataque a Menorca, desde los nombramientos políticos, con el protagonismo de Floridablanca, las decisiones de carácter político, las primeras medidas militares, la jerarquía del mando y los protagonistas de la guerra, las fuerzas participantes y el carácter estático de la estrategia militar, la llamada guerra de posiciones, hasta las negociaciones secretas conducentes a la rendición, planteada como un éxito del

Duque de Crillon. El mismo que meses más tarde, con un planteamiento estratégico similar, aunque con algunas variantes, trató de conquistar Gibraltar iniciando un intenso bombardeo —como había hecho en Menorca— el día 9 de Octubre de 1782, aunque, como es bien conocido, en esta ocasión el ataque fracasó, y en el tratado de Versalles, de 1783, Inglaterra reconocía la reconquista de Menorca por los españoles y Gibraltar continuaba como antes.

Para entender bien la política bélica hay que conocer, no sólo el contexto internacional, sino también la situación interna de los ejércitos. Por ello, en la primera parte de la obra que reseñamos Terrón Ponce analiza la situación del ejército en el reinado de Carlos III. El planteamiento, pues, es correcto y está plenamente justificado.

Sin embargo, siendo este un asunto del mayor interés y de más importancia que el asedio concreto a Menorca, deja más insatisfecho a un lector exigente; posiblemente, porque desde el primer momento no se puede evitar la sensación de que el autor adopta una cierta posición disculpatoria con el ejército, innecesaria por otra parte. Así, tras plantear el carácter militar de la monarquía española del momento, da la impresión de que se intentan descargar responsabilidades sobre los «políticos», salvando a los profesionales de la milicia, cuando, si se acepta el planteamiento inicial de la monarquía militar de Carlos III, ello no es posible.

Mejores resultados se logran en el análisis de la situación interna del ejército: oficialidad, tropa y estructura orgánica, donde se completa una buena síntesis.

Al final, y antes del apéndice docu-

mental y de exponer las fuentes —no compartimos, por cierto, el criterio de selección de lo que el autor denomina «fuentes publicadas (edición consultada)»— y bibliografía, Terrón Ponce ofrece unas breves y útiles biografías de personajes mencionados en la obra que ayudan al lector a centrar a los protagonistas de los narrados, aunque en algún caso parece necesario una revisión, pues de confirmarse las fechas impresas el ejército español estuvo comandado en ocasiones por niños.

Alberto RAMOS SANTANA

Javier HUERTA CALVO y Emilio PALACIOS FERNÁNDEZ (eds.), *Al margen de la ilustración. Cultura popular, arte y literatura en la España del siglo XVIII*, Rodopi («Texto y Teoría: Estudios culturales»), Amsterdam 1998 (245 pp.).

Las manifestaciones literarias que se produjeron durante el siglo de las luces han sido estudiadas tradicionalmente a partir de las proposiciones ilustradas, es decir, a la luz siempre de unas superestructuras socio-ideológicas determinadas primordialmente por los preceptos racionalistas en lo filosófico y los neoclasicistas en lo estético. La generosa y amalgamada producción popular, por el contrario, mucho más apegada aún a los residuos áureos, sistemáticamente devaluada por los prohombres de la Ilustración, no ha sido objeto de atención de forma mayoritaria hasta hace relativamente poco tiempo. A resultados de este afortunado interés y como consecuencia de un Curso de

Verano de la Universidad Complutense de Almería, organizado para «ofrecer una temática que habitualmente no consta en los programas oficiales de los cursos universitarios de invierno», Javier Huerta Calvo y Emilio Palacios Fernández (Universidad Complutense de Madrid) nos recopilan hoy este conjunto de ensayos que tratan de ahondar en esos aspectos marginales de la producción literaria dieciochesca que, de manos de la cultura popular, «constituyen la especificidad de la Ilustración española frente a otras Ilustraciones europeas».

Desde perspectivas enriquecedoras e interdisciplinares, estas sugerentes manifestaciones literarias, culturales y estéticas del XVIII encuentran en este libro varias páginas de esmerada atención. De esta manera, importantes subgéneros teatrales como las llamadas Comedia de Santos y de Magia, son abarcados en sendos artículos, por GARCÍA DE ENTERRÍA (Universidad de Alcalá de Henares) y Álvarez Barrientos (CSIC), ambos rigurosos conocedores de la materia. En «Magos y santos en la literatura popular (Superstición y devoción en el Siglo de las Luces)», se profundiza en el concepto «magia», deslizando su significado más religioso y barroco (¡quizás medieval!) destinado a encender el temor del público, de esa otra «magia» dieciochesca y decimonónica, creada por autores cultos que, más que el miedo, buscaban la fascinación y el divertimento laico de los espectadores. Por su parte, ÁLVAREZ BARRIENTOS, en su «Teatro y espectáculo a costa de santos y magos», hace una brillante exposición sobre el género (distinguiendo «santos» y «magos»), su origen, sus más directas influencias, sus avatares socio-políticos

(fueron objetos de diversas prohibiciones), el interesante papel de la mujer dentro de estas obras y la peculiar evolución, sobre todo de la comedia de magia, que sufrió un tipo de teatro que durante todo el siglo contó con los favores del público, aunque los tiempos y los gustos cambiasen:

«La comedia de magia, como otras expresiones de su tiempo, no fue ajena a este proceso y, si sobrevivió durante tantos años a pesar de las prohibiciones, adentrándose incluso en el siglo XIX y parte del XX, fue porque supo conciliar lo antiguo con lo nuevo (...). Nos encontramos, pues, ante la consideración de la magia como ciencia o como conocimiento (...). Algunas comedias aluden a ello desde su título. Por ejemplo *También la ciencia es poder* y *Mágico de Ferrara*, de A. Flores y *Lo que vale una amistad con la espada y con la ciencia* y *Mágico Federico*, anónima.»

Las productivas figuras del Bandolero, el Guapo o el Bandido, antihéroes de fervoroso arraigo popular, son también objeto de estudio por PALACIOS FERNÁNDEZ en «Contrabandistas, guapos y bandoleros andaluces en el teatro popular del siglo XVIII», donde, tras hacer un recorrido histórico sobre el bandolerismo, nos describe el paso de este tipo de personajes desde el soporte del cordel hasta el teatro, donde las biografías de determinadas figuras centrales del mundo bandoleril llegaron a constituir todo un género dramático denominado «Comedia de Guapos y Bandoleros», para seguidamente realizar un breve análisis de dos de estas comedias. Otra autoridad en la literatura de cordel, el profesor JOAQUÍN MARCO (Universidad Central de Barcelona), aborda también la figura bandoleril en los pliegos, cuyo éxi-

to entre el público no perdió vigencia ni siquiera entrado ya el XIX, cuando ya «los valientes y bandidos resultaban personajes de otra época, modelos históricos muy diferentes del pliego que ha pasado a convertirse en la crónica de sucesos de la época» y realiza un breve rastreo de la psicología de esta peculiar figura en algunos romances determinados.

En otro orden de cosas, el majismo, como no podía ser menos, es el protagonista de tres de los ensayos: «Los majos madrileños y sus barrios en el teatro popular» de EDUARDO HUERTAS VÁZQUEZ (UNED) en el que se parte del hecho de que, vistas la divisiones de la población capitalina en la segunda mitad del XVIII, la figura del majo fue un producto originario de determinados barrios madrileños, «consecuencia del hecho de que algunos barrios se vivieran como pueblos, con cazarra conciencia de paisanaje», con sus derivados conflictos inter-barrios (además de intra-barrios). De cualquier forma, el mundo sainetesco encontró en el majo una evidente figura de referencia estética e ideológica, como así pone de manifiesto JOSEP MARIA SALA VALLDAURA (Universidad de Lleida) en «El majismo andaluz en los sainetes de González del Castillo», especialmente en los exagerados caracteres preciosistas del majo andaluz, más explícitos y ostentosos que el madrileño, producto quizás de una sociedad, la andaluza, «más problemática y barroca que en otras partes de España» (según cita de Caro Baroja). De igual manera, la pintura recreó ambientes y figuras majistas según se recoge en «El majismo y las artes plásticas» de VIRGINIA TOVAR MARTÍN (Universidad Complutense de Madrid), lo que convierte al majismo en «una conciencia

de estilo común».

La última parte del libro está dedicada a los aspectos festivos y transgresores del dieciocho. «El libertinaje: la hora de la libertad» de IRIS M. ZAVALA (Universidad de Utrech) nos propone el carácter libertino, como contraventor de la imposición racionalista, de manos de autores como Restif de Bretonne o el cada vez más inevitable Marqués de Sade, verdaderos pioneros de la ruptura, de la seducción, el deseo y la amoralidad, formulaciones antiracionalistas que llegarían a su máximo exponente con posteriores pensadores (Hegel, Nietzsche, Freud...), y que acabarían evidenciando que «la lógica oculta en esta forma de racionalización son el dominio y la represión».

«El festín de amor en la literatura dieciochesca» de FERNÁNDEZ NIETO (Universidad Complutense de Madrid) viene a profundizar sobre estas mismas ideas, pero desde la óptica concreta de la literatura erótica, género nada nuevo pero cuya verdadera real aportación de novedad «era el consciente libertinaje de fondo que animaba los escritos de este periodo». Para sustentar estas argumentaciones se transcriben y analizan numerosos fragmentos de poemas de carácter festivo y amoroso. En este mismo sentido, «Imágenes de la locura festiva en el siglo XVIII» de HUERTA CALVO, tras reflexionar sobre el rol de «mediador» de carácter bufonesco que la figura del «loco» ha desarrollado en siglos anteriores, se centra en el papel desarrollado por este tipo de personajes en el género sainetesco y reivindica la figura de Torres de Villarroel, autor culto, bufonesco en el sentido más áureo, al que hay que reclutar desde «las filas de los escritores más anti-neoclásicos, aquellos que se

resisten a abandonar el gusto barroco y que consideran el siglo XVIII como una época de extrema decadencia literaria». Finalmente, ilustrado con algunas láminas que reproducen algunos cartones del pintor, «Motivos carnalescos en la obra de Goya» de NIGEL GLENDINNING (Universidad de Londres) nos acerca al concepto de «carnaval» en este sentido transgresor: «el exceso, el desorden, la subversión de las jerarquías morales y sociales», que el artista introduce incluso en ambientes nada propicios a lo rompedor, como la decoración palaciega, a veces, de forma explícita y en otras tamizados estos elementos por estéticas arlequinescas. Se cierra de esta forma un interesantísimo compendio ensayístico que, publicado por la editorial Rodopi (Amsterdam), viene a confirmar la quizás no tan reciente intuición de que la producción literaria del siglo XVIII (y ¿por qué no? también del XIX), de manos principalmente de los géneros más populares y efervescentes, va muchísimo más allá del pragmatismo ilustrado o la pulcritud neoclásica.

Miguel Ángel GARCÍA ARGÜEZ

María Teresa GARCÍA GODOY, *Las Cortes de Cádiz y América. El primer vocabulario liberal español y mejicano (1810-1814)*, Diputación de Sevilla («Nuestra América», 4), Sevilla 1998 (414 pp.).

Como recuerda su autora, quince años antes de la publicación del libro, Guillermo Guitarte lamentaba la escasez de estudios sobre la historia del español america-

no, a la vez que proponía la investigación del vocabulario político para el periodo comprendido entre finales del XVIII y principio del XIX, momento en el que nace el liberalismo español con las Cortes de Cádiz y en el que los hispanoamericanos, tomando el testigo del liberalismo gaditano, comienzan su lucha por la independencia. Tal vez por ello, García Godoy, prestando oídos a las quejas de Guitarte, decide cubrir con este trabajo el vacío antes dejado por los estudiosos de la lexicología sociopolítica.

Decidirse por un modelo de disciplina lingüística, y más concretamente por la metodología de Dubois, agrada o disgustará a los especialistas. La autora, aun reconociendo las faltas que pueden achacarse a cualquier método de investigación lingüística, encara con valentía el propósito de acometer tal tipo de estudio, que se basa en establecer relaciones «en el plano de la expresión, mediante las llamadas *series etimológicas* y, en el plano del contenido, mediante redes de oposiciones, de equivalencias y de asociaciones. Además, entran en consideración las pistas contextuales para determinar los valores emotivos de las palabras» (p. 75). En síntesis, este es el método empleado por García Godoy para un periodo histórico crucial, ideal, como proponía para sus campos notacionales Matoré, en el que suceden unos acontecimientos que obligan a la transformación del léxico. Hay que recordar que en el periodo de 1810-1814 se gesta un nuevo sistema político, el constitucional, que cederá el relevo a una Hispanoamérica independentista, y que, en ambos casos, es la inauguración de un nuevo Estado, con una nueva organización que requiere de un nuevo léxico con que

designarlo.

Prologado por el director de tesis de la autora, José Mondéjar, el libro tiene tres apartados: una introducción histórica; nueve capítulos de estudio lexicológico, de los cuales, los ocho primeros son el estudio de ocho campos léxicos de la política y la sociedad de 1810-1814, a los que se añade la conclusión con el noveno capítulo; y una tercera parte, que la componen el glosario y los índices.

El estudio del léxico político de estos cinco años descubre, en pocas palabras, los grandes rasgos coincidentes entre la Constitución de Cádiz y la de Apatzingán, que, a pesar de los diferentes intereses que se embatían a ambas márgenes del Atlántico, como son la lucha por la independencia entendida desde los diferentes puntos de vista: españoles y realistas mejicanos entienden una independencia en la que en el punto de mira está Napoleón, mientras que en el caso de los mejicanos, en su objetivo se sitúa España; tienen como común denominador un vocabulario similar en el que: una tradición de los ideales dieciochescos, como serían la metáfora «luz» aplicada a un enorme campo léxico y la transformación de símbolos religiosos (la misma metáfora «luz» tiene su origen aquí) en símbolos laicos aplicados al nuevo concepto de Estado; también coinciden ambas constituciones en la introducción de un nuevo léxico (neologismos) de procedencia francesa (por el ideario revolucionario) o de procedencia inglesa (sobre todo, lo referente a la organización parlamentaria, la misma voz «parlamento» es neologismo anglosajón); palabras castizas como «Cortes», de origen de la política medieval, se imponen a las que triunfan en el extranjero

(«congreso», «asamblea»), pero con un cambio semántico adaptado a la nueva política, que en nada tiene que ver con su designación original; también en este mismo sentido de cambios semánticos, se ha de mencionar el caso de «liberal», que ya no tiene el significado originario de «generoso» en el contexto político, y cuyo uso, en este determinado contexto, se abre a la ambigüedad; añadir, en definitiva, todas las variaciones emotivas (connotativas) que hacen multiplicar los significados de una palabra como, por ejemplo, «filósofo» (liberal) empleado como dictorio por los reaccionarios, y que llegan al punto de no significar nada más que una valoración positiva o negativa de una misma palabra dependiendo solo de quien la emplee; por último, hay un conjunto de vocablos cuyo origen es español y que se ha convertido en préstamos universales como «guerrilla», «junta», «liberal» ...

Otro grupo aparte de palabras lo constituirían los americanismos semánticos, principalmente los de tipo sociorracial como distinción significativa con respeto al léxico empleado en España: «cuarterón», «ladino», «lobo», «gachupín», «criollo»...

Finalmente, hay que distinguir el estudio de García Godoy, su tesis *El léxico del primer liberalismo español y mejicano (1810 - 1814). Estudio de lexicología sociopolítica*, origen de este libro, del valor de difusión que puede alcanzar con él, ya que este no queda cerrado a un estudio especializado para lingüistas, sino que, más bien al contrario, abre todas sus vías de recepción, ya como ensayo que interese a un determinado lector, ya como un útil material de consulta para quien se aproxime a una comprensión completa de

la literatura que contenga referencias políticas de este momento histórico.

Óscar RODRÍGUEZ SÁNCHEZ

Fernando DURÁN LÓPEZ, *Catálogo comentado de la autobiografía española. (Siglos XVIII y XIX)*, Ollero & Ramos, Editores, Madrid 1997 (403 pp.).

El hecho de que la autobiografía española se considere marginal comparándola con otros géneros o bien con otras autobiografías nacionales responde en gran parte a la escasez de trabajos de catalogación, sin los que el *corpus* autobiográfico deberá ser forzosamente reducido. Este *Catálogo* se presenta precisamente como una incursión en el difícil mundo autobiográfico y memorialista de los siglos XVIII y XIX, recogiendo los acercamientos anteriores al tema para formar una selección de autores y obras lo más terminante posible pero con la intención de ser más un punto de partida que de llegada.

Decidir qué textos catalogar de entre la copiosa y compleja literatura de los siglos XVIII y XIX es el primer paso en un trabajo de estas características, y supone acotar el campo de estudio de forma adecuada al periodo histórico y al objetivo del trabajo. En este sentido, se hallan recogidos en el libro hasta 479 autores nacidos entre 1694 y 1875. La segunda de las fechas ha sido elegida con la seguridad de cubrir así todo el periodo decimonónico sin dejar a ningún autor en el tintero, fallando en todo caso por exceso y nunca por defecto. El año de 1694 corresponde al nacimiento de Torres Villarroel con el

que comienza la galería de escritores catalogados, resultando además un útil eje entre dos épocas. Los límites espaciales incluyen a escritores españoles y coloniales cuya vida haya estado particularmente ligada a las vicisitudes españolas. Sin embargo, la definición del concepto teórico de autobiografía es el asunto más problemático de cuantos se presentan a la hora de elaborar un estudio de estas características, y es también el que de forma más concienzuda se resuelve en este *Catálogo*.

Partiendo de estudios clásicos como el de Lejeune y otros más recientes, Fernando Durán elabora un criterio de selección sin el cual sería imposible una recopilación coherente de escritos autobiográficos. Sintetizando el criterio histórico-referencial y el literario o de *pacto autobiográfico*, el *Catálogo* recoge memorias, memorias justificativas, de infancia, profesionales, autobiografías religiosas, resúmenes autobiográficos, relaciones virreinales, autobiografías en verso y las novelas autobiográficas que sean en esencia autobiografías y su forma novelesca proceda de una literaturización, como en el caso de la *Minuta para un testamento* de Gumersindo de Azcárate, por ejemplo. Si bien los límites están lo suficientemente establecidos, el hecho de no basarse en criterios excluyentes que den primacía a la forma o al contenido nos permite observar desde testimonios de introversión en las autobiografías religiosas a las manifestaciones de una vida pública intensa en la que se da cuenta fundamentalmente de sucesos políticos, militares... como en el caso de las autobiografías justificativas o las relaciones virreinales de gobierno. Esta oscilación entre lo público y lo privado muestra un fuerte compromiso por parte del autor

por el hecho autobiográfico en sí y por su postura intermedia y a veces incómoda entre la literatura y la historia.

Al ser un trabajo de catalogación, el bagaje teórico acerca de la autobiografía en el que está basado no puede menos que perder su forma y amoldarse a la aplastante realidad de los textos. Tratar de componer un estudio de estas características siguiendo un criterio de selección inamovible sería desprestigiar las verdaderas fuentes del trabajo en pos de apoyar una determinada noción teórica de lo que *debería ser* la autobiografía. Por ejemplo, la tan traída y llevada cuestión de la diferencia entre autobiografía y memorias no puede menos que desvanecerse ante la evidencia de unos textos, escritores, editores e incluso lectores que usan ambos términos como sinónimos intercambiables. Este enfoque pegado a la realidad textual es necesario en una época de las características de los siglos XVIII y XIX, y especialmente las del tránsito entre ambos, llena de ambigüedades, folletos volantes y literatura polémica de finalidad ocasional.

Cada entrada dedicada a un autor está acompañada por un comentario y bibliografía que varía en extensión según la accesibilidad, importancia o particularidad de la obra en cuestión. La descripción del texto es exhaustiva y meticulosa, con las limitaciones que impone un trabajo de este tipo. Aunque se facilita siempre toda la información posible acerca de las ediciones y las vicisitudes de la obra, no hay un criterio fijo para el comentario de las características literarias, el cual se realiza atendiendo siempre a su vertiente autobiográfica. Al no seguir un planteamiento rígido previo para el comentario de las entradas, éste se hace en función del pro-

prio texto y puede ir desde una escueta alusión a un oscuro texto como las memorias del militar López Fraga a una explicación detenida de la obra, motivada no tanto por la importancia de su autor sino como por las peculiaridades que desde un punto de vista autobiográfico pueda tener. De hecho, las entradas donde más lugar hay para lo interpretativo suelen ser o bien de escritores famosos como Zorrilla, cuya obra memorialista se somete a una crítica breve y certera, o bien hombres de acción como Eugenio de Avinareta, cuyo interés autobiográfico no viene dado por su prestigio literario sino por lo apasionante y tumultuoso de su vida. Una ojeada a la lista de los nombres que pululan por este catálogo nos hace llegar a la conclusión de que no hay un principio fijo que impulse a alguien a escribir sobre sí mismo, y lo hacen tanto escritores como soldados, libreros, marinos o beatas.

El *Catálogo comentado de la autobiografía española* tiene un indudable interés como fuente de datos y herramienta de trabajo para cualquier estudio filológico o histórico sobre los siglos XVIII y XIX. Su consulta es cómoda pese a contar con un ingente aparato de notas y bibliografía, e incluye dos útiles índices de títulos nobiliarios y de publicaciones periódicas. Además de su importancia para proyectos relacionados con la autobiografía, proporciona información sobre personajes prácticamente desconocidos y sobre facetas poco estudiadas de otros ya consagrados. Cada una de las 479 vidas que llenan este libro representa a su vez una forma diferente de entender su mundo y su propia contemporaneidad, añadiendo a los conocimientos de los historiadores esa perspectiva intrahistórica necesaria para entender

una época de cambios como lo son lo siglos XVIII y XIX.

Daniel MUÑOZ SEMPERE

María-Paz YÁÑEZ, *Siguiendo los hilos. Estudio de la configuración discursiva en algunas novelas españolas del siglo XIX*, Peter Lang (Colección Perspectivas Hispánicas), Frankfurt - Nueva York 1996 (215 pp.).

Como muy bien se apunta en el subtítulo del volumen, el propósito de este estudio es el de examinar la configuración discursiva, esto es, la red que se descubre al perseguir la recurrencia de todo tipo de elementos, con valor a un tiempo de engranaje estructural y de soporte de los valores del discurso.

Este procedimiento analítico ya había sido utilizado desde distintos presupuestos críticos, especialmente en su vertiente intratextual, y así, el seguimiento de motivos o rasgos que se repiten a lo largo de un texto no ha sido excepcional. Lo que adquiere especial valor en este estudio es que el corpus de las obras elegidas tenga como denominador común el pertenecer a la literatura española decimonónica, lo que contribuye a profundizar en el conocimiento no sólo del discurso social de un país y una época, sino sobre todo a profundizar en el diálogo que sobre sus distintas propuestas estéticas realizan los autores de estas obras, tanto explícitamente como implícitamente a través del sentido que pretenden proyectar con las imágenes que una y otra vez aparecen en sus textos.

En el examen discursivo intratextual

resultan quizás especialmente interesantes de un lado, el del espacio geográfico en *Un viaje de novios* de Emilia Pardo Bazán: la explicación que se ofrece acerca de las distintas estéticas que se conjugan en la novela es muy sugerente, y también es útil recordar la significación del tren y del viaje tan distinta en esta autora de la plasmada por otros escritores más conservadores como *Fernán Caballero*.

Precisamente de esta última se analiza el recurso del cuento inserto en la novela, que se descubre no como un procedimiento gratuito o meramente destinado a producir la *variatio* sino en primer lugar como modo de poetizar la realidad y de transmitir una doctrina, y, en segundo lugar como propuesta de renovación del modo de novelar.

De todas maneras, quizás lo novedoso del planteamiento analítico de María-Paz Yáñez resulte en su aplicación intertextual el seguimiento de la evolución del motivo del calzado en las novelas de Galdós muestra un pluralidad de sentidos que desborda el nivel del enunciado para adquirir relevante valor en el plano de la enunciación y que constituye una apuesta estética por la «técnica del velar desvelando tan característica de la poética galdosiana».

Igualmente atractivo resulta el rastreo de los personajes secundarios que aparecen y desaparecen en los *Episodios Nacionales*, pero que a pesar de su condición de personajes circunstanciales con cada nueva comparecencia adquieren mayor complejidad discursiva, y contribuyen a esclarecer la significación de otros personajes.

Asimismo la conjunción dentro de algunas de las denominadas «primeras

novelas contemporáneas» de dos elementos como la pareja y la mina son muy ilustrativas acerca de los tanteos estéticos de Galdós en la búsqueda de una poética propia, aunque quizás algunas interpretaciones en cuanto figuras de comunicación y propuestas de lectura resulten algo rebuscadas.

Marieta CANTOS CASENAVE

René ANDIOC y Mireille COULON, *Cartelera teatral madrileña del siglo XVIII (1708-1808)*, Presses Universitaires du Mirail («Anejos de *Criticon*», 7), Toulouse 1996 (2 tomos, 939 pp.).

El objetivo principal de esta publicación es el de conocer el gusto del público madrileño del siglo XVIII, así como los autores más representados, mediante el estudio de la cartelera y la recaudación que cada función obtenía. En la amplia introducción se nos exponen todos los problemas que ambos críticos tuvieron para realizar este interesante trabajo. Es también una fuente de bibliografía bastante extensa ya que se recogen todas las obras que versan sobre el tema. Consideramos que la inclusión en este prólogo de las bibliotecas que nos podrían aportar más datos acerca de la cartelera madrileña del momento denota un interés inusitado por ayudar a futuros investigadores.

Los autores se centran principalmente en la obra de Cotarelo y Mori, Antonio Pérez Sanz y los archivos del *Diario de Madrid*. Se nos reflejará exclusivamente lo representado en el teatro del Príncipe y en el de la Cruz.

En el primer tomo encontramos la cartelera cronológica donde se puntualizan, para cada temporada y coliseo, las obras representadas (con su fecha y teatro), las compañías que las representaron, las sesiones (tarde o noche), y las recaudaciones obtenidas. Este dato es vital para reconstruir el gusto del público madrileño y para conocer la economía de los teatros de la época. También se comentan los aspectos externos que podrían influir en las representaciones (enfermedades de actores o meteorología adversa, entre otros), lo que hace que la presente obra se convierta en un diario social de la época que refleja.

El segundo tomo reconstruye a la perfección cuáles eran los autores más representados. Se incluye un claro índice alfabético de obras con detalladas indicaciones acerca de la naturaleza de las mismas (nacionalidad del autor, datos del traductor, fecha de estreno y de las diversas repeticiones). El índice de dramaturgos nos remite a las páginas en las que se reflejan más datos acerca de las obras representadas.

Podemos decir que la obra cumple a la perfección su principal objetivo. El reflejo de la cartelera del momento, de una manera tan clara y concisa, la convierte en una guía de obligada consulta para cualquier investigador que se interese en el teatro más representado en el XVIII. Es, por derecho propio, el índice más detallado y ordenado para la reconstrucción de la maltrecha bibliografía acerca de los gustos del público madrileño (y por extensión del español) del citado siglo. Parafraseando a los autores podemos concluir diciendo que seguramente los doctos de la tertulia habrán valorado positivamente su

loable atrevimiento.

David LÓPEZ PÉREZ

Manuel MORENO ALONSO, *La forja del liberalismo en España. Los amigos españoles de Lord Holland (1793-1840)*, Congreso de los Diputados («Colección Monografías», 37), Madrid 1997 (484 pp.).

Mucho se ha escrito sobre la ardua y a veces traumática puesta en práctica del sistema liberal en suelo español. En efecto, el tema da mucho juego por una serie de condicionantes que hacen muy peculiar el nacimiento de esta nueva forma de hacer política. El «caso español» fue seguido de cerca por las grandes potencias (Francia e Inglaterra), que veían en el experimento español surgido, sobre todo a raíz de la Guerra de la Independencia, un excelente campo de batalla sobre el que esgrimir dos modelos de liberalismo: el francés y el inglés. Uno creyente en los ideales de la revolución; el otro confiado plenamente en el parlamentarismo. Dos medios para llegar al mismo sitio que ejercieron su influencia ideológica en un intento por crear dos ejes diferenciados sobre los que incidir políticamente.

En España, a diferencia de estos países, se empieza a hablar de libertad en una situación de guerra por preservar la identidad nacional, precisamente luchando frente a uno de esos focos de incidencia: Francia. Esto hace vislumbrar a la clase política inglesa una oportunidad nada desdeñable de hacer entrar a nuestro país en su órbita política e ideológica, por lo que

pone un gran interés en ayudar al largo embarazo y difícil parto que supone el nacimiento del liberalismo en España. Es en este contexto donde hay que situar el motivo y el valor de este estudio: la verdadera y desconocida fuerza que el modelo inglés tuvo en este proceso a través de la figura del político Lord Holland y de las relaciones que este mantuvo con los más destacados intelectuales españoles del momento, entre los que podemos destacar nombres como los de Jovellanos, Quintana o José María Blanco-White.

En efecto, el caso de este hombre de Estado (1773-1840) parece ser el paradigma de lo que estamos hablando (o por lo menos eso es lo que consigue transmitirnos el libro). Desde su primera visita en 1793, Lord Holland fue un apasionado admirador de España. Al principio, como otros tantos viajeros ilustrados, este interés tenía una perspectiva más exótica, quizá el de conocer algo tan lejano para aquel entonces como de nosotros pueda estarlo cualquier país africano hoy en día. Pero muy pronto, ese interés casi antropológico va a devenir en otro mucho más político y comprometido, a raíz sobre todo de sus primeros contactos con la incipiente «intelligentsia» liberal española, que a la larga acabarían en una profunda y fervorosa amistad, mantenida casi siempre por correspondencia, y que conservaría hasta el final de sus días.

De hecho, la Holland House fue durante mucho tiempo uno de los obligados puntos de encuentro para los exiliados españoles (Blanco-White, pongamos por caso) y uno de los grandes focos de discusión política e intelectual de su tiempo. Holland, a través de estos encuentros, de sus viajes y de su continua relación epis-

tolar, trató siempre de influir en el cambio histórico que se estaba produciendo en España, aportando la perspectiva del modelo inglés y ejerciendo de consejero experimentado de los que iniciaban tan fatigoso y renovador camino. De hecho, él fue uno de los grandes responsables, según Quintana, de la resolución tomada por la Junta Central de Sevilla en 1809 de restablecer la antigua institución de las Cortes, por lo que su calado en los destinos de este país hay que considerarla cuanto menos de muy interesante y digna de un estudio de estas proporciones.

Moreno Alonso, por tanto, ha realizado uno de esos trabajos con razón de ser y que vienen a echar luz sobre ese aspecto, hasta ahora algo oscurecido, de la influencia inglesa en este proceso de la lucha por la libertad. Para ello, nos ofrece un auténtico arsenal de documentos extraídos de las cartas personales de Lord Holland y sus amigos españoles, que infatigablemente llevan al lector con la rigurosidad necesaria y huyendo siempre del fácil abstractismo en el que podía haber caído este trabajo. Esta labor compiladora se debe a los siete años que el autor permaneció trabajando en el Colegio Español y en el University College de Londres (1979-1986), manejando y aprovechándose con inteligencia de los archivos de Wellington y los de Lord Holland en el Museo Británico. Precisamente, uno de los grandes méritos de Moreno Alonso es haber sacado un impagable e inagotable partido de esta etapa inglesa, de la que es fruto no sólo este trabajo, sino otros muchos más (por ejemplo, el dedicado a Blanco-White), todos ellos con el don de no caer en la repetición ni en la inutilidad. *La forja del liberalismo*, además, tiene la

gran ventaja de aportarnos información no sólo de Lord Holland y la época en la que se inscribe, sino también el aclararnos algo más de figuras tan atrayentes y hasta cierto punto tan contradictorias como la de Jovellanos, del que se ha dicho casi todo (desde revolucionario hasta reaccionario), y que a través de sus cartas personales podemos definir mucho más nítidamente, con la seguridad que da el poseer un incontestable conjunto de pruebas y no un tambaleante ramillete de elucubraciones.

Iván MARISCAL CHICANO

Fernando GARCÍA LARA (coord.), *Actas de I Congreso Internacional sobre novela del XVIII*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Almería, Almería 1998 (313 pp.).

El volumen coordinado por el profesor Fernando García Lara tiene su origen en un congreso celebrado en Almería en 1996, y como tal profundiza en algunos de los planteamientos que hasta el momento se habían presentado, como los expuestos por Reginald Brown, *La novela española 1700-1850* (1953), por Joaquín Álvarez Barrientos en *La novela del siglo XVIII* (1991), y por Guillermo Carnero, *La novela española del siglo XVIII* (1995), entre otros.

La estructura del libro es deudora de la del congreso en la división de ponencias y comunicaciones. Entre las primeras, uno de los aspectos más interesantes del trabajo de JOAQUÍN ÁLVAREZ BARRIENTOS, «Traducción y novela en la España

del siglo XVIII. Una aproximación», es la defensa de la traducción como medio de abrir horizontes, de enriquecer las experiencias del lector con el conocimiento de otros modelos de comportamiento y otras normas de relación social —lo que significaría un modo de encuentro con otros países de Europa— y, por el contrario, la crítica de este procedimiento como un modo de resistencia casticista —al igual que se hiciera desde otros géneros literarios y otros ámbitos artísticos— contra la uniformidad de la Europa Occidental. La otra cuestión que reclama nuestra atención es el modo de ejercer el oficio de algunos traductores, que preferían ser fieles sólo al espíritu de la obra y censurar lo que podía atentar a la moral o ser contrario a las costumbres nacionales.

En una nueva incursión sobre la narrativa dieciochesca, GUILLERMO CARNERO se acerca en esta ocasión a las misceláneas, de enorme éxito en las capas más modestas de la sociedad, y que, a pesar de la frecuente banalización de los contenidos y degradación artística, tienen como atractivo el ofrecer una información privilegiada acerca de unas formas de vida cotidiana y una determinada sociabilidad de la época, especialmente la que tiene lugar en las tertulias domésticas y en las de cafés y otros espacios públicos o semi-públicos. En estas misceláneas, junto a juegos de todo tipo, se hallan noticias curiosas, informaciones sobre inventos, curiosidades exóticas, casos raros y maravillosos, anécdotas, apotegmas, cuentecillos tradicionales, chascarrillos, así como cuadros costumbristas y otros materiales narrativos, necesariamente breves; mezcla que en su conjunto nos hace ver las deudas del periodismo de la época con la tra-

dición del género misceláneo.

FERNANDO GARCÍA LARA hace una revisión de la obra de Afán de la Ribera, *Virtud al uso y mística a la moda*, que a pesar de sus deudas con las obras satírico-costumbristas de Quevedo, Zabaleta, o Gracián, no es el producto de una censura de todas las variedades de vicios, propia de la época de la Contrarreforma, sino una crítica al estilo de las de Feijoo contra un abuso concreto, el de la hipocresía —identificada con el jesuitismo—, la superstición y el fingimiento religioso. La obra, que se presenta en modo epistolar, tiene ciertas deudas con la novela picaresca porque consiste en una serie de instrucciones que da un padre a su hijo para que, haciéndose llamar Carlos del Niño Jesús, pase por perfecto devoto, a fin de obtener riqueza, poder y respeto. Así pues, y a pesar de que la obra guarda también ciertas relaciones con algunas guías espirituales y, por otra parte, con las guías para forasteros en la corte, la obra no tiene la estructura del tratado, es, «desde el punto de vista de su función social y de la enunciación», una novela que —fuera del *Quijote*— supone un avance en un siglo que comienza.

El estudio de SEBOLD sobre la *Cornelia Bororquia* supone, entre otros muchos alicientes el de establecer las conexiones entre la comedia seria de Diderot y la sentimental o lacrimosa, y la novela de fines del XVIII y principios del XIX. Todo ello debidamente justificado con el análisis de los componentes trágicos y sentimentales de esta novela epistolar, que se mezclan con la sátira de la figura del Arzobispo inquisidor, y la denuncia de la opresión que la Iglesia realiza sobre la sociedad civil.

Si los aspectos teóricos y metodológicos sólo se abordan tangencialmente en las ponencias, el análisis de textos concretos es —a excepción del trabajo de JESÚS PÉREZ MAGALLÓN, sobre el *Epistolario* de Moratín y la novela, el de MARÍA DEL CARMEN SÁNCHEZ acerca de la moral en la novela española, el del ALFONSO SAURA que aborda la concepción de la novela en Montesquieu, y DOLORES JIMÉNEZ sobre la evolución de la novela sentimental francesa y el de CONCEPCIÓN PALACIOS que sigue la renovación de la *nouvelle* francesa—, también mayoritario en las comunicaciones. Entre ellas, PHILIP DEACON, e ISABEL HERRERO aportan unas interesantes noticias sobre la fortuna de la novelística inglesa y francesa en España, respectivamente; e igual atractivo tiene el recorrido de MARÍA JESÚS GARCÍA GARROSA sobre las mujeres novelistas españolas del XVIII. PILAR AMO y FRANCISCO BRAVO analizan la presencia de la narrativa en los periódicos, sevillanos la primera, y el segundo —de forma más particularizada— los rasgos de tres relatos breves en otro gaditano.

ANTONIO FERRAZ trabaja sobre la presencia decimonónica del *El Evangelio en triunfo* de Olavide, EL SAYED IBRAHIM SOHEIM, acerca del bandolerismo andaluz en la novela de Antonio Valladares, JOSÉ M. DE AMO, estudia los recursos novelescos de *La Serafina*; J. JUAN BERBEL, *El Rodrigo* de Montegón y sus relaciones con la tragedia; MARÍA CONCEPCIÓN PÉREZ, y LYDIA VÁZQUEZ coinciden en examinar *Pauliska* y *la perversidad moderna*. MICHELLE DELON analiza el espacio de la seducción en la novela francesa, y ELENA REAL la mezcla de autobiografía y ficción en la *Historia de mi vida* de Casanova;

mientras MARÍA ISABEL GIMÉNEZ estudia *Las tarde de la Granja* como novela moral, y JOSÉ LÓPEZ indaga en un romance novelesco *El casamiento entre dos damas*.

Marieta CANTOS CASENAVE

Manuel PARDO DE ANDRADE, *Semanario político, histórico y literario de La Coruña (1809-1810). Edición facsímil. Selección e introducción de María Rosa Saurín de la Iglesia*, Fundación Pedro Barrié de la Maza, Conde de Fenosa («Colección ilustrados, sociólogos y economistas gallegos»), La Coruña 1996 (2 vols., LV + 1224 pp.).

Con el lema horaciano *Quidquid delirant reges, plectuntur A chiui* se enfrentaba cada semana a sus lectores el *Semanario político, histórico y literario* de Manuel Pardo de Andrade, delatando de entrada su clara orientación liberal en el fragor de las luchas del siglo. En eso, como en la estructura tripartita de la publicación (política, historia y literatura), la revista de Pardo es un fiel eco periférico del *Semanario Patriótico* de Quintana, Blanco White, Antillón, Tapia, etc., su punto de inspiración más evidente. Al estilo aún primitivo del periodismo dieciochesco, el *Semanario* coruñés es obra de un único redactor, de cuya figura y obra María Rosa Saurín de la Iglesia es una sólida especialista, como demuestra en esta inusual y utilísima edición facsímil. Es poco corriente —y por ello más elogiable— la recuperación de todo un periódico doceañista, que en este caso se extiende más de

1200 páginas a lo largo de 51 números, iniciativa cultural que honra a quienes la han acometido, porque parece inimaginable si no existe tras ella un sólido mecenazgo cultural.

Ninguno de los números del *Semanario* aparece fechado, aunque los especialistas los han datado a partir de agosto de 1809; este periódico constituía hasta ahora una auténtica rareza bibliográfica, ya que a la débil difusión que debió de conocer en su día hay que sumar la feroz prohibición y persecución de todos los papeles liberales en Galicia con posterioridad a mayo de 1814.

Saurín de la Iglesia, de hecho, no ha podido localizar ninguna colección completa en una larga lista de 34 bibliotecas de España y el extranjero, que enumera, por lo que su reproducción se basa en dos fondos bibliográficos distintos: el del Archivo Histórico del Reino de Galicia (La Coruña) y el de la Real Academia Gallega, además de un número suelto (el nº 2) existente en la Biblioteca Penzol de Vigo (incompleto, parte de cuyas páginas ausentes se han reconstruido de fuentes historiográficas que lo reproducen). La dificultad de disponer de colecciones completas y bien conservadas pone de manifiesto la complejidad del trabajo sobre fuentes periodísticas y al tiempo resalta el valor y la utilidad de una edición como la que estoy reseñando.

Desde un punto de vista literario, la lectura del *Semanario* no es excesivamente grata. El estilo de Pardo, notablemente exaltado y declamatorio, se acerca ya más a la prosa decimonónica del Romanticismo que al modo ilustrado en el que se formó. Si bien no está exento de interés, contrasta vivamente con la contención y

precisión de otros prosistas de la prensa coetánea, singularmente Quintana y Blanco White, y carece del espíritu satírico de Gallardo; pero no cabe duda de que se trata de un documento de excepcional valor para conocer la época y la evolución de la prensa doceañista.

En su estudio preliminar, Saurín sitúa a la perfección el contexto histórico de Galicia en 1808-1809 en que apareció la revista, marcado por la inicial aceptación de la invasión francesa y la insurrección popular que acabó liberando la región. Por otra parte, señala que: «Los cincuenta y un números del *Semanario* ilustran mejor que nada la solidez del programa político de la Ilustración, enunciado tan pronto como las circunstancias lo permitieron por un intelectual de la periferia peninsular, que lo había meditado a fondo» (p. XXXI).

La editora domina, además, el periodismo español del momento y hace un detenido estudio de la sección literaria de la publicación, en la que Pardo de Andrade da rienda suelta a sus aficiones poéticas. Otro apartado de su introducción se encamina a caracterizar la toma de conciencia política que preside la labor periodística del *Semanario* y a estudiar los conceptos fundamentales del discurso liberal de Pardo: el papel del pueblo, la misión de los intelectuales, las reformas constitucionales, la petición de Cortes, la política respecto a América, etc.

Termina con un análisis de las ideas acerca de la realidad gallega que manifiesta este periodista, en cierto modo uno de los fundadores de la moderna literatura en Galicia. Como único reparo a la edición, cabría señalar que se echan de menos unos buenos índices de artículos, poe-

mas, nombres, topónimos y sucesos aludidos en el texto, etc.

Fernando DURÁN LÓPEZ

Joaquín ÁLVAREZ BARRIENTOS y Alberto ROMERO FERRER (eds.), *Costumbrismo andaluz*, Secretariado de Publicaciones Universidad de Sevilla, Sevilla 1998 (222 pp.).

El volumen que los editores presentan como homenaje a Julio Caro Baroja es el resultado de una revisión de los conceptos de costumbrismo y andalucismo, y de la práctica del costumbrismo en relación con el marco geográfico escogido. Así se destaca, por una parte, el europeísmo del fenómeno costumbrista, que implica una forma nueva de mirar del escritor, iniciada ya en el siglo XVIII, atenta a su entorno, al *hic et nunc*, y que se concreta en un propósito de reproducir la realidad inmediata.

Por otra se aborda, el andalucismo, una manifestación cultural que Caro Baroja sitúa también en el siglo XVIII —sobre todo a finales de la centuria— y que tiene que ver con el majismo y el aplebeyamiento aristocrático como reacción castista contra el creciente afrancesamiento en costumbres, bailes, gestos, modos, idioma, y otros aspectos de la vida cotidiana. Un fenómeno, que se extiende a lo largo del XIX, gracias a los ciegos que difundieron los sainetes más populares del gaditano González del Castillo, y otras expresiones similares como tonadillas, romances, y coplas.

La herencia de González del Castillo

—como yo misma he puesto de manifiesto— la recoge el también gaditano José San Pérez, a quien algunos autores y críticos —como Eguilaz entre los primeros y Ochoa entre los segundos— consideran maestro del llamado género andaluz, pero no hay que olvidar la importancia de otros autores como Tomás Rodríguez Rubí, a quien GREGORIO TORRES NEBRERA dedica especial atención; así como José Sánchez Albarrán, con una muy temprana contribución costumbrista, *Al llegar a Madrid* (1835), que cita ALBERTO ROMERO FERRER. Similar importancia tiene Francisco Sánchez del Arco, y toda una extensa nómina reseñada tanto por LEONARDO ROMERO TOBAR como por Alberto Romero Ferrer.

Romero Tobar hace especial hincapié en la interpretación de las piezas andaluzas como una manifestación más del gusto romántico por la parodia, y Romero Ferrer apunta la pervivencia del andalucismo difundido por este género teatral en la obra dramática de los hermanos Machado, Muñoz Seca e incluso en *El amor brujo* que Falla compusiera para Pastora Imperio.

Si la música andaluza —fundamentalmente el bolero y el fandango— estaba presente ya en aquellas piezas del siglo XVIII, en las primeras décadas del siglo XIX, por saturación de la música italiana, se realizan fructíferos intentos de acabar con tal avasalladora influencia, apoyándose en las músicas populares, especialmente del sur, como también harían Falla y otros coetáneos.

La revalorización de lo popular que observamos en la literatura y en la música se observa también en la pintura y otras artes plásticas, y con ella, una especial

significación de lo andaluz. Pero el origen de esta popularización de la temática aquí parece ser distinto, y tener su raíz en los tapices de Goya, como ya evidenciara Antonio Reina Palazón. No obstante el andalucismo de Juan Rodríguez Jiménez «El Panadero», como el de José Domínguez Bécquer y otros pintores, o el de las colecciones de trajes como las recogidas por Vicente Mamerto Casajús van a converger en la puesta en escena dramática, que a su vez, como ha examinado ANDRÉS PELÁEZ se convierte en modelo para la pintura costumbrista.

Buena parte de los trabajos de este libro están destinados a revisar la presencia de lo andaluz en colecciones costumbristas tan importantes como la de *Los Españoles pintados por sí mismos*, donde ÁLVAREZ BARRIENTOS observa que los españoles se debaten entre asumir la modernidad o mantenerse fiel a la tradición. Cuando se publican los tomos en 1843 y 1844 el prologuista señala que la idea que preside la publicación es la de «fijar los tipos tradicionales que aún conservamos» y en la reedición de 1851 pone de manifiesto que la esencia española amenaza ruina, y que el ser castizo sólo se halla en ciertas zonas de Madrid y Andalucía. Y así, aunque buena parte de los tipos —dado el carácter madrileño de la gestación de la empresa, y del público al que está dirigido— es capitalino, nos encontramos con trece tipos andaluces —de Sevilla, Cádiz, y Málaga— procedentes del hábitat urbano —como es general en toda la obra—, a excepción del buhonero, el bandolero y el contrabandista de vida errante o marginal. Son precisamente los tipos populares andaluces los únicos que se libran de la despectiva visión mesocrá-

tica que domina en la colección y quizás ello se deba a que contribuyen, con sus modos de vidas ligados a la tradición, a afianzar los rasgos castizos que la seducción de las modas parece amenazar.

Esta presencia de lo andaluz parece, sin embargo, no ser tan evidente en el *Semanario Pintoresco Español* (1836-1857), a pesar de la larga duración del mismo en el panorama literario. La imagen que de Andalucía se ofrece es en opinión de ALBERTO GONZÁLEZ TROYANO difuminada y dispersa, tal vez —considera—, porque aún la hegemonía literaria que habría de gozar la región en la pintura de mundos pintorescos no había llegado.

Por lo que respecta a las colecciones de la segunda mitad del siglo, ENRIQUE RUBIO CREMADES pone de manifiesto que la representación del andalucismo es más frecuente. Incluso, en textos como «La capa vieja y el baile de candil» de Mesonero Romanos, por poner un ejemplo, el contexto urbano madrileño aparece absorbido por el tipismo andaluz.

Aparte de la curiosidad que en sí pueda encerrar el texto rescatado por JOSÉ ESCOBAR, quizás lo más interesante de este trabajo es la recreación de la trayectoria vital y literaria de un político y periodista, el gaditano Ángel Iznardi, residente en Madrid al menos desde 1828 y colaborador anónimo desde entonces en el *Correo Literario y Mercantil* hasta 1833, año en que empieza a firmar con el seudónimo de *El Mirón*. En ese mismo año publica, también con dicho seudónimo, en el *Boletín Oficial de Madrid* donde el 6 de julio aparece el artículo de costumbres andaluzas «Una tienda de montañés de Cádiz». Al año siguiente funda con Fer-

mín Caballero el *Eco del Comercio* de tendencia liberal progresista, y desde entonces su vida es un continuo sinvivir, porque el oficio no da para más, y por las persecuciones políticas que, tras su encarcelamiento lo obligaron a huir a París en 1832, de donde no volvería hasta enero de 1833.

De un tipo particular, el alcalde, se ocupa EDUARDO HUERTAS, que observa cómo este personaje, de enorme raigambre en la tradición literaria cobra nueva fuerza en los textos costumbristas por su relevancia social en la vida cotidiana de los pueblos; de lo que es muestra su notoriedad en la literatura administrativa.

Dos trabajos coinciden en tratar el costumbrismo andaluz en los escritos de Fernán Caballero. ERMANNO CALDERA, que ya abordara el estudio de *La Gaviota* en su conocido estudio «Poetizar la verdad», trata de analizar las deudas que su costumbrismo tiene más con la estética romántica de Herder, que con el modelo de Addison. Efectivamente, la pintura del pueblo andaluz que se realiza en la novela no sólo a través de descripciones, sino, especialmente, por la inclusión de elementos folclóricos, es aplicación del pensamiento herderiano de que «la genialidad de un pueblo no consiste más que en la forma peculiar de expresar los grandes sentimientos de la humanidad» y que la poesía popular es su manifestación más genuina. Las manifestaciones de la cultura popular que aparecen seleccionadas en la novela de Fernán Caballero son reflejo de un apego a la tradición y la sumisión al sistema patriarcal del Antiguo Régimen, con la consiguiente adhesión a la monarquía y a la religión católica. Este mismo conservadurismo lo observa RUSSELL P.

SEBOLD en las narraciones breves de esta escritora, donde se trasluce la emoción y la inclinación que siente por esa vida poética del campesino ingenuo, una vida que, por la modernización de la sociedad española se presenta como peregrina, insólita, y como tal, desde una perspectiva exótica.

Marieta CANTOS CASENAVE

Gabriel SÁNCHEZ ESPINOSA, *La biblioteca de José Nicolás de Azara, Calcografía Nacional - Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid 1997 (294 pp.).*

Gabriel Sánchez Espinosa nos presenta en esta obra el catálogo crítico de la Biblioteca de Nicolás de Azara, acompañado de un estudio introductorio, una bibliografía y el índice onomástico de aquél. En el estudio introductorio el autor, que ya editara las *Memorias* de este interesantísimo y polifacético ilustrado español, después de presentarnos a Azara, aborda principalmente su faceta de bibliófilo y lector. Y así, inmediatamente después de la *Introducción*, cuatro apartados (*Azara y los libros*, *El catálogo de venta*, *Caracterización de la biblioteca*, *Azara bibliófilo y*, por último, *Azara y Bodoni*) situarán a este fascinante personaje en el contexto de sus intereses como hombre de letras, lector inteligente, coleccionista infatigable de libros y verdadero apasionado de la edición como objeto artístico.

José Nicolás de Azara, corresponsal de Aranda, Campomanes, Florida Blanca, Godoy, Grimaldi, Roda, Tanucci, Du Tillot, Bodoni, etc., amigo de Winckelmann,

Mengs, Gavin Hamilton, Milizia, Volpato y Canova, y muchos otros, testigo de excepción de su tiempo, se nos muestra además aquí como un intelectual de exquisito gusto que no sólo colecciona libros magníficos, ediciones raras, ejemplares prohibidos, novedades difíciles, últimas impresiones, sino que además lee con fascinación a autores clásicos y modernos y sienta su biblioteca una parte indispensable de su espacio personal.

A lo largo de su vida, y debido a los azares de sus traslados como embajador, Azara fue reuniendo distintas bibliotecas, la más completa de las cuales debió ser, según nos informa Sánchez Espinosa, la de Roma, que llegó a contar con más de veinte mil volúmenes, adquiridos entre 1766 y 1798. En su primera embajada parisina reunió igualmente otro conjunto de libros, que trasladó a Barcelona tras su destitución, a los que fue añadiendo allí ejemplares nuevos. Y en su segunda misión en París volvió a hacerse con otra pequeña biblioteca, que no pudo llegar a crecer mucho porque su dueño moriría enseguida. De todas ellas, la que más apreció fue la primera, su magnífica y añorada biblioteca de Roma, que dejó atrás en su primer traslado y que nunca pudo llegar a recuperar.

El catálogo de venta que edita Gabriel Sánchez de Espinosa corresponde a la venta de parte de esa biblioteca romana de Azara, y fue publicado como libro con el título *Bibliotheca excellentissimi D. D. Nicolai Josephi de Azara ordine alphabetico descripta ab H. P. D. Francisco Iturri et D. Salvatore Ferrán aestimata a Mariano de Romanis* en Roma en 1806, dos años después de la muerte de su dueño. Un catálogo que hace referencia a 3267

obras en 5772 volúmenes, y que debió contener, a juzgar por la calidad de las obras que se vendían, lo mejor de aquella biblioteca de veinte mil volúmenes que el español poseía en Roma.

Sánchez Espinosa nos presenta un estudio exhaustivo del catálogo: las circunstancias de su impresión, la identificación de Mariano de Romanis, el librero romano que lo editó, las características de este tipo de publicaciones, los distintos sistemas que se usaban en la época para presentar sistemáticamente los libros e incluso para tasarlos, etc. Y lo completa con un análisis de la biblioteca que se pone a la venta, clasificando los libros en tablas (por el idioma, por la cronología de sus ediciones, por el lugar de impresión) y estudiando a continuación su contenido. Buscando con esto último trazar un retrato social e intelectual de su propietario que nos ratifica con creces aquella presentación que se hizo de él al principio como intelectual cosmopolita de mentalidad ilustrada y a la vez bibliófilo de gusto.

En el catálogo encontramos una extensa representación de autores de las luces europeas, tales como d'Alambert, Bayle, Beccaria, Biefeld, Buffon, Condillac, Diderot, Grotius, Helvetius, Hume, Locke, Necker, Rousseau o Voltaire; pero también de españoles como Almodóvar, Andrés, Capmany, Cavanilles, Clavigero, Foronda, Tomás de Iriarte, Jovellanos, Jorge Juan, Luzán, Mayans, Meléndez Valdés, Rodríguez de Campomanes... De lo cual Sánchez Espinosa concluye lo siguiente: «A partir de los libros que posee, observamos en Azara un equilibrio entre su recepción del pensamiento ilustrado de raíz europeísta y las respuestas y propuestas españolas de semejante signo. Azara

no es, en modo alguno, un extranjerizante».

Lo que sí desde luego debió poseer Azara es una amplia y variada cultura de muchos registros, porque su biblioteca muestra que no sólo estaba interesado por la historia de España o la literatura, los clásicos o los libros de viajes, la historia universal, la política o la estética. Su biblioteca evidencia también un hombre muy al tanto —como todo europeo culto de la época— de la filosofía natural y la ciencia de su tiempo, con obras de materias tan diversas como la física, la cirugía, la botánica, la química, la astronomía, las matemáticas, la historia natural..., y autores de tanta importancia como Algarotti, Baume, Bernouilli, Boerhaave, Borelli, Buffon, Coste, Gravessande, Hales, Haller, La Hire, Linneo, Musschenbroek, Newton, Priestsley, etc., pero también los españoles Barnades, Gómez Ortega, Martínez, Palau... A lo que hay que añadir que su biblioteca es el testimonio, además, de un bibliófilo muy fino.

Sorprende gratamente encontrar en la biblioteca de Azara también tres libros que lo muestran además como hombre de ideas avanzadas: el de Poullain de la Barre *De l'égalité des deux sexes, discours moral et physique où l'on voit l'importance de se défaire des préjugés*; el de Juan Espinosa *Dialogo en laude de las mugeres. Intitulado Ginaeceptaenos*; y el de Amar y Borbón *Difesa dell'Ingegno delle donne e della loro attitudine nel governo*, la traducción italiana del original español. E igualmente, leemos en el catálogo los títulos de otros libros —muchos de ellos prohibidos— que suelen aparecer como referencia en los manuscritos clandestinos deístas y que evidencian su cu-

riosidad por la crítica religiosa.

Por todo ello, considero que es de gran interés que Sánchez Espinosa nos haya facilitado el acceso a este interesantísimo catálogo, anotado con inteligencia y generosidad para los lectores. Especialmente por los diferentes acercamientos que permite desde distintas disciplinas a una información objetiva y exhaustiva sobre el probablemente más culto y multifacético ilustrado español. Lo que constituye una aportación muy estimable a nuestra historia de las mentalidades.

Cinta CANTERLA

Scott DALE, *Novela innovadora en las Cartas marruecas de Cadalso*, University Press of the South, Nueva Orleans 1998 (203 pp., con ilustraciones).

Empecinados en dar muerte a la novela, escritores, críticos y demás personajes del mundo literario han utilizado como campo de batalla las páginas de suplementos y revistas para enzarzarse en una polémica por identificar cuándo estamos ante este género. Lejos de despejar la confusión, el norteamericano Scott Dale se mete sin quererlo en este callejón sin salida cuando afirma que las *Cartas marruecas* son en realidad una novela.

A través de un estudio detallado de las *Cartas*, Scott Dale logra lo que, según él, no consiguieron otros críticos. Es decir, identificar y analizar las técnicas narrativas utilizadas por Cadalso en su obra. El uso de diálogos parafraseados por los personajes, las descripciones costumbristas, la recreación de experiencias, el estilo

epistolar, las ficciones intercaladas y el perspectivismo novelístico, son para Dale rasgos narrativos suficientes para concluir que en las *Cartas* nos encontramos ante una novela. Todo ello convierte a Cadalso en el renovador de la prosa de su época y en el impulsor de los nuevos derroteros que esta toma en el XIX.

Al servicio de esta idea, los dibujos de Gemma Hernández Herrera sirven para ilustrar paso por paso la narración que de los hechos hacen Gazel y Nuño. Esta práctica, tan original tratándose de un estudio crítico, no resulta chocante si se ve en ella la intención de demostrar que Cadalso escribe una novela que introduce una forma de narrar de la que se valdrán posteriormente los autores decimonónicos, cuyas obras aparecerán muchas veces ilustradas.

Como puede verse por lo dicho hasta ahora, el estudio de Dale se basa en argumentos que sólo atienden a la forma. Ciertamente, desde ese punto de vista la obra de Cadalso puede clasificarse dentro del género novelístico. Sin embargo, un estudio que excluye el contenido como objeto de análisis resulta incompleto. Esta es la mayor objeción que se le puede hacer a este libro. Quizá habría sido necesaria la existencia de una teoría previa que tratase de delimitar el género y que diese la misma importancia al *qué* y al *cómo*. No obstante, esta omisión del contenido en el libro de Scott Dale es deliberada. Para el autor, poco importa que no exista durante toda la obra una línea argumental porque esto prueba la voluntad de Cadalso por mostrar un mundo caótico y desorganizado.

Asimismo, tampoco se presta mucha atención al costumbrismo de otros autores

anteriores al XVIII y al hecho de que ya hubiera ficciones intercaladas en obras previas. Todas las técnicas narrativas parecen haber sido anticipadas por Cadalso. Y ya puestos a innovar, Dale convierte al autor gaditano en el inventor del monólogo interior, algo ilógico en unos narradores que dialogan a través de cartas. De esta forma, Cadalso acaba siendo para Dale poco más que el padre del costumbrismo decimonónico y el artífice de muchas de las técnicas narrativas que hoy consideramos modernas.

Una cosa es decir que la voz del narrador principal es moderna porque describe desde un punto de vista que lo lleva a no manipular la realidad, y otra bien distinta es afirmar que eso influye de manera directa en la literatura posterior.

Este libro cuenta con las mismas cualidades que Sebold atribuye al autor en la semblanza que hace de este. Es un estudio organizado, sistemático, profundamente analítico y valiente en sus planteamientos aunque su prosa puede resultar en algunos momentos reiterativa ya que Dale aprovecha cualquier momento para repetir la hipótesis que ya avanzaba en el prólogo.

Al abordar este tipo de temas que han sido estudiados hasta la saciedad, resulta muy difícil ser original y aportar nuevas ideas. Sólo por eso, el libro de Scott Dale merece ser tenido en cuenta para nuevos estudios ya que, si no renueva por completo la imagen que de las *Cartas* se tenía, consigue al menos aportar una nueva perspectiva.

Álvaro de CÓZAR PALMA

José María de JAIME LORÉN, *Isidoro de Antillón y Marzo. Nuevas noticias*, edición del autor, Calamocha (Teruel) 1995 (333 + 20 pp.); e *Isidoro de Antillón y Marzo. Epistolario (1790-1814). Otros escritos literarios, geográficos y políticos*, edición del autor, Calamocha (Teruel) 1998 (195 pp.).

«Nos cuesta creer —dice sobre Antillón la primera de estas monografías— que una personalidad de su importancia, después de más de doscientos años de su nacimiento, siga siendo tan poco y mal conocida. No anda la ciencia española ni Aragón tan sobrado de gentes de su valía, como para despreciar la oportunidad que ofrecen su vida y sobre todo sus abundantes escritos, para tratar de profundizar e investigar sobre cualquiera de las muchas facetas que brinda su apasionante personalidad de jurista, geógrafo, sociólogo, historiador, periodista o político» (p. 5).

En efecto, Isidoro de Antillón (1778-1814) es un representante típico de la generación de intelectuales y políticos —entonces ambas cosas eran prácticamente la misma— que operaron la violenta transición española del Antiguo Régimen al Estado liberal. Su exacerbado liberalismo, su amplia y polifacética obra y el triste final de su corta vida lo asemejan a otros muchos personajes de su tiempo, de primera, segunda o tercera fila, que seguimos conociendo muy mal, pero cuya auténtica dimensión empezamos a descubrir en los últimos años. Por sólo citar unos pocos ejemplos, los trabajos de Guillermo Carnero sobre Ignacio García Malo, los de Juan Francisco Fuentes sobre José Mar-

chena, los que viene realizando el Grupo de Estudios del Siglo XVIII de la Universidad de Cádiz sobre José Vargas Ponce, etc., han desempolvado un gran número de obras y datos que permanecían dormidos en los archivos y que demuestran la complejidad del estudio de la cultura española en esos turbulentos años. Parece que José María de Jaime Lorén, estudioso de temas aragoneses, ha acometido con decisión la labor de aportar una pieza más al rompecabezas: la del turolense Isidoro de Antillón, a quien le une el paisanaje y una manifiesta admiración.

Su labor es muy de agradecer por tres razones: en primer lugar, por la importancia de Antillón, uno de los más destacados miembros del círculo que rodeaba a Quintana, pero con notoria personalidad propia (algunos de los escritos en los que el autor se detiene con más énfasis, como el epistolario familiar inédito o la disertación sobre la esclavitud, merecerían sin duda ediciones modernas); en segundo lugar, por el enorme esfuerzo y entusiasmo personal que revelan sus dos libros, con una compleja rebusca en archivos, numerosas bibliotecas, colecciones de prensa y de folletos, que nadie que conozca las dificultades prácticas que conlleva el estudio de la época de las Cortes dejará de apreciar; y finalmente, porque es grato ver un trabajo realizado con tanta solidez por parte de alguien que no es, según parece, un investigador profesional y que publica sus obras por cuenta propia, lo que hace más necesario que se les dé la mayor difusión posible.

El primero de estos libros, aparecido en 1995 con el razonable subtítulo de *Nuevas noticias*, no es exactamente una biografía crítica ni un estudio académico

de las obras de Antillón, aunque participa de ambas condiciones; se trata más bien de una puesta al día de los conocimientos existentes sobre el escritor, cuya principal justificación es la de sacar a la luz una notable cantidad de nuevo material bibliográfico y archivístico hasta ahora desconocido, ilocalizable o no tenido en cuenta. La estructura del libro, un tanto entrecortada, se organiza de modo biográfico, aunque muchos de los capítulos configuran bloques temáticos coherentes sobre las etapas y preocupaciones intelectuales del turolense. En la parte inicial de la monografía se presta especial atención a la faceta científica de Antillón, su actividad dominante con anterioridad a 1808: «la Historia de la Ciencia no tendrá reparos en considerarlo con diferencia como el geógrafo más importante y representativo de todo el periodo final de la Ilustración española» (p. 33).

A partir de la guerra contra los franceses el interés pasa a ser casi exclusivamente político, con una prolífica producción periodística y polémica. Quizá la parte más notable del trabajo de José María de Jaime sea su pulcra y exhaustiva información bibliográfica sobre las colaboraciones en prensa y los folletos polémicos de Antillón y contra Antillón, con localización y signatura de cada uno de ellos, y con reproducciones facsimilares de la mayoría de las portadas de las obras que cita, lo que revela una labor de documentación realmente loable. En ese sentido, destaca el trabajo de revisión de los periódicos liberales de Cádiz y Mallorca donde colaboró Antillón, a fin de localizar los escritos que se pueden atribuir con más o menos certeza al escritor de Santa Eulalia; trabajo ingrato, ciertamente, pero que

siempre da buenos frutos. Igualmente, destacaré el capítulo VII, donde se resume y comenta el contenido de veintitrés raros folletos pertenecientes al durísimo cruce de libelos que protagonizaron Antillón y su periódico *Aurora Patriótica Mallorquina* con sus enemigos reaccionarios durante su estancia en las Baleares. Por fin, en el capítulo VIII se vacía extensamente el contenido de un manuscrito poco conocido del P. Manuel Traggia, uno de los más encarnizados enemigos de Antillón, «que casi en exclusiva está dedicado a las agrias polémicas que sostuvieron en la prensa mallorquina» (p. 217).

Una de las aportaciones que más enorgullecen al autor de esta monografía es la localización de una *Oración fúnebre* en honor de Antillón, pronunciada por Carlos Marzo y Martín y publicada en 1822. En 1823 Carlos Marzo fue represaliado por haber impreso dicho sermón, cuya tirada fue destruida y que representa el primer escrito biográfico que se realizó sobre el literato turolense; pero José María de Jaime ha podido localizar un ejemplar en el Seminario de Segorbe y lo reproduce en facsímil formando un pequeño folleto suelto de veinte páginas que se adjunta al volumen como último de sus varios apéndices documentales.

En 1998 salió a la luz un segundo volumen, que, como indica el autor, es «una nueva entrega del serial antilloniano que desde hace tiempo venimos preparando» (p. 3), y que parece que no será la última. Este nuevo libro tiene un carácter claramente complementario respecto del anterior, y se dedica a ampliar y profundizar los aspectos que en aquél no habían sido suficientemente tratados, así como a actualizarlo con las aportaciones hechas por

el investigador en los tres años que median entre ambas entregas. De ahí que el libro de 1998 tenga una estructura temática, por bloques documentales, renunciando al hilo biográfico que organizaba y sistematizaba el de 1995.

La gran aportación de esta nueva obra, como se señala en su título, es el amplio estudio del epistolario familiar inédito de Antillón, que abarca los capítulos 2 y 3. Se trata de 253 cartas que van de 1790 a 1814, dirigidas a su familia y conservadas hoy en un tomo encuadernado de la Biblioteca Nacional de París, al que José María de Jaime parece haber sido encaminado por las noticias de la *Bibliografía* de Aguilar Piñal. Se ofrece una lista y extracto o breve comentario de cada una de las cartas, seguidos de un estudio e índice onomástico de las mismas. Son documentos importantes, sobre todo para la biografía del personaje, ya que por su carácter familiar no inciden excesivamente en la vida literaria o política en que estuvo envuelto el escritor turolense.

Otro bloque se dedica a analizar la documentación manuscrita de Antillón conservada en la Sociedad Económica Matritense. El siguiente estudia las actividades del joven escritor durante sus estudios en Zaragoza; en especial interesa la hipótesis de que una larga serie de cincuenta y siete artículos publicados en el *Diario de Zaragoza* durante 1797 y firmados por *El Geógrafo*, pudieran deberse a Antillón, lo que de ser cierto ampliaría la producción conocida de éste, entre otras cosas, con nueve poesías, desvelando las únicas muestras conocidas hasta ahora de su labor versificadora. José María de Jaime también incrementa notablemente el estudio dedicado en 1995 a la *Aurora Pa-*

triótica Mallorquina, publicación esencial en la trayectoria antilloniana y de la que ahora se ofrece un índice completo de los artículos de fondo, cuya utilidad trasciende con mucho el estricto estudio de Antillón, dada la escasez existente de vaciados de periódicos doceañistas. Los capítulos 7 y 8, finalmente, se consagran a extensas y documentadas recensiones de nuevas obras científicas y políticas, respectivamente, que no habían sido tenidas en cuenta en el tomo anterior (y también se amplían las noticias de algunas si incluidas entonces).

Como reparos al trabajo de José María de Jaime Lorén en ambos volúmenes cabe mencionar que, al igual que ocurre con la mayoría de los eruditos interesados básicamente en temas locales, su radio de interés es demasiado corto y en ocasiones se echa de menos una metodología, unas fuentes bibliográficas y unas referencias intelectuales más amplias y generales. Por indicar algún ejemplo, la esencial bibliografía de Aguilar Piñal no la incorpora a su estudio hasta el segundo volumen, en el que también se reseñan unos artículos reproducidos en la *Aurora...*, obra de «un tal Señor Foronda» (p. 91), en el que el lector avisado reconoce al destacado ilustrado vasco Valentín de Foronda. En ocasiones parece que el texto se apoya con demasiada rigidez en determinadas fuentes históricas, que no dan cuenta de la riqueza y complejidad de la discusión académica sobre la época y el contexto de Antillón y sobre la España doceañista. Respecto a la disposición de la materia, a veces resulta algo desordenada y repetitiva, y el valor de las diversas partes es desigual. No obstante, no puedo terminar esta recensión sin señalar que pese a ocasionales defec-

tos de método, que no de rigor, el trabajo de José María de Jaime ofrece una cantidad de documentación que sin duda lo configurará como el eje de la recuperación de la figura y la obra de este esforzado liberal, una recuperación necesaria para la cultura española, no sólo por el valor intrínseco del personaje, sino por ser uno más de los protagonistas de aquel periodo histórico, en el que se sitúa el origen de la España contemporánea y que ahora podremos conocer un poco mejor.

Fernando DURÁN LÓPEZ

Gaspar ZAVALA Y ZAMORA, *Obras Narrativas*, Universidad de Alicante-Sirmio («El Bosque de Aristarco», 1), Barcelona 1992 (269 pp.). Edición de Guillermo Camero.

Ignacio GARCÍA MALO, *Voz de la Naturaleza (Lisandro y Rosaura. Teodoro y Flora. La desventurada Margarita. Amadeo y Rosalía. Flavio e Irene. Anselmo y Elisia. El brigadier y Carlota. El benéfico Eduardo)*, Editorial Tàmesis («Serie B: Textos», 40), Madrid 1995 (393 pp.). Selección, estudio y notas de Guillermo Camero.

Jerónimo MARTÍN DE BERNARDO, *El emprendedor, o Aventuras de un español en el Asia*, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, Diputación Provincial de Alicante («Literatura y Crítica», 17), Alicante 1998 (386 pp.). Edición, introducción y notas de Joaquín Álvarez Barrientos.

Hay épocas, autores y obras que en virtud de ciertos prejuicios en torno a la historia y el valor literarios han permanecido en un oscuro silencio. Se aducían razones de escasa calidad y poco o nulo interés. En algunas ocasiones, incluso, se llegaba a negar la existencia misma de esas épocas, autores y obras. La no existencia era su única constancia en las letras españolas. Éste era el caso de la novela en el siglo XVIII; una historia que venía marcada muy apriorísticamente por dichos estigmas, bastante perdurables hasta nuestros días, y que habían ejercido un considerable y desacertado peso en la historiografía literaria más cercana. El resultado de estas ausencias ahí quedaba: una visión fragmentada e históricamente falsa de un periodo cada vez más complejo de la Historia de la Literatura Española: la literatura de la Ilustración al Romanticismo.

No obstante, también es cierto que en estos últimos años, estábamos asistiendo a una revalorización y restitución casi arqueológica del género novelístico del periodo. Se trataba de un descubrimiento que venía acompañado también de un creciente interés actual por la novela como género de pura ficción y género de aventuras, en el sentido más literal del término. Se daban, pues, las circunstancias más propicias para, desde el ámbito más académico pero también desde ciertos sectores de la crítica literaria, facilitar la restitución de unos textos prácticamente olvidados y que apenas habían merecido la atención ni del crítico ni del lector interesado. Era, pues, en esta nueva sensibilidad filológica donde había que situar los tres libros que encabezan estas líneas, y en los que se recogen una muestra muy convincente del género novelístico en unos años

novelísticamente inexistentes. Las obras de Gaspar Zavala y Zamora, Jerónimo Martín de Bernardo o Ignacio García Malo así lo testimoniaban.

Pero antes de entrar en estas novelas, algunas palabras sobre la situación historiográfica de la novela en el siglo XVIII. Sin duda alguna, la aportación más importante sobre el panorama novelístico en este período se debe a Joaquín Álvarez Barrientos, quien en su monografía *La novela del siglo XVIII* (1991) ya nos respondía muy contundentemente —por cierto— a la pregunta ¿pero existió novela en el siglo XVIII? Allí se ampliaba el horizonte de miras que en su día había establecido Fernández Montesinos en su *Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX* (1966), rompiendo el extendido y dogmático tópico sobre su inexistencia, y entrando en una valoración muy adecuada de otros fenómenos como eran la reedición de textos narrativos de los Siglos de Oro, la perdurabilidad de los antiguos modelos cervantinos y picarescos, y la emergencia de una renovación narrativa de la mano de la *Nueva Eloísa*, dentro de un también nuevo sistema de valores y formas, del que la «nueva novela» se convertía —junto con ciertas formas de teatro— en uno de sus mejores y más eficaces aliados.

Otros trabajos posteriores, debidos fundamentalmente a Guillermo Carnero, han abordado problemas como la imitación restrictiva del *Quijote*, la censura inquisitorial o el desprecio por este género en toda la literatura europea hasta la llegada de Sade y Diderot. También Iris Zavala en *Lecturas y lectores del discurso narrativo dieciochesco* (1987) se ha ocupado de los problemas relativos a la so-

ciología de la lectura de novelas, en una época de tránsito y de gestación de los modelos modernos, como era de la Ilustración al Romanticismo.

Por otro lado, este interés por la novela dieciochesca —que hasta entonces se había centrado tan sólo en el *Fray Gerundio*— también se traduce en la edición de algunos de sus cultivadores más representativos. Para el caso de Montengón, contamos, por ejemplo, con la edición de García Lara (el *Eusebio*, 1984) y la de Guillermo Carnero (*El Rodrigo. Eudoxia, hija de Belisario*, 1990). Martínez Colomer también ha sido editado por Carnero (*El Valdemaro*, 1985); Blanco-White por Rubén Benítez (*Vargas. Novela española*, 1995); Luis Gutiérrez (*Cornelia Bororquia, o la víctima de la Inquisición*) por Gérard Dufour (1987); Francisco de Tójar (*La filósofa por amor*) por Álvarez Barrientos (1996).

A estas ediciones, en el despegue de la investigación, hay que añadir además los trabajos de María José Alonso Seoane sobre Pablo de Olavide, Álvarez Barrientos sobre la preceptiva novelesca, además de sus panorámicas más generales, Guillermo Carnero sobre la nueva sensibilidad de los lectores o la emergente novela gótica, Fabbri sobre Montengón, Herrera Navarro sobre *La Leandra* de Valladares de Sotomayor, Francisco Lafarga sobre las traducciones de novelas francesas, Eterio Pajares sobre las influencias de Richardson en España, Sebold acerca de Montengón y la novela prerromántica; o las aportaciones más recientes del congreso que sobre la Novela en el Siglo XVIII se celebró en la Universidad de Almería, en noviembre de 1996 —ya recogidas en sus correspondientes actas— además del

excelente monográfico de los *Anales de Literatura Española* de la Universidad de Alicante, coordinado por Guillermo Carnero (1995), donde se nos muestra un cuidado y minucioso «estado de la cuestión».

Los textos que ahora nos ofrecen Guillermo Carnero y Joaquín Álvarez Barrientos vienen a unirse a esta labor de rescate y estudio. En este sentido, conviene subrayar el importante trabajo de edición que nos presentan los autores, con lo que el poco abordado tema de la novela de la Ilustración al Romanticismo se encuentra, paradójicamente a lo que a primera vista puede parecer, con un interesante conjunto de textos anotados, a los que ahora se añaden una antología sobre la narrativa de Ignacio García Malo, las novelas (original y traducción) de Gaspar Zavala y Zamora y *El emprendedor* de Jerónimo Martín de Bernardo.

Las ediciones de estos textos sirven además para recuperar unos escritores prácticamente desconocidos en el panorama histórico de nuestras letras. Sus respectivas obras avalan sin ningún tipo de dudas su recuperación y su estudio, ampliándose, así, la perspectiva histórica sobre la trayectoria de la novela en la Literatura Española.

Pero Zavala y Zamora, Martín de Bernardo y García Malo también nos informan acerca del arraigo y alcance de la nueva concepción novelesca y del apego de un nuevo público lector, a cuya mirada iba dirigida ahora la fabulación narrativa.

En relación con la concepción literaria que aparece en estos textos convenía subrayar sus raíces y sus fuentes. Y es que la Literatura Española ha sido una literatura que, a pesar del *Quijote*, se ha mantenido bastante reticente a incorporar la narrativa

de aventuras —la novela en su sentido más estricto— como un elemento en sí mismo dentro del texto, con una identidad autónoma y propia. Se ha necesitado siempre de una justificación —el tono digresional y supuestamente moral de la picaresca, la ejemplaridad cervantina, el didactismo ilustrado, la moralidad del realismo, la denuncia social de la posguerra— que avalaran la narración. Ésta por sí sola no era suficiente. La novela, por tanto, quedaba definida —*justificada*— paradójicamente por lo que no era narrativo.

Desde esta perspectiva moral de la novela, quedarían excluidos autores y obras como las que ahora centran nuestra atención. Y es que los modelos y formas que conducen las narraciones de Zavala y Zamora, Martín de Bernardo y García Malo se alejaban de estos esquemas y prejuicios, y se adentraban en los terrenos abonados por Richardson, Sterne o Fielding, quienes a su vez habían aprendido la lección cervantina del *Quijote*.

Efectivamente, *La Eumenia* y *Oderay* —traducción del anónimo *Odérachi*— de Gaspar Zavala y Zamora (*Obras Narrativas*, 1992) son dos textos que se conducen por un mundo narrativo presidido por la aventura; aunque, eso sí, desde claves argumentales bien distintas. La edición que nos ofrece Guillermo Carnero es una edición muy exhaustiva, cuya erudición sirve para reconstruir la historia material de los textos: un aspecto importante que muchas veces se olvida cuando hablamos de historia literaria, y que, sin embargo, resulta esencial para el estudio real de los textos concretos. Carnero reconstruye, precisamente, toda esa historia filológica, muy imbricada con los cauces de la lectura y la sociabilidad literaria de la época. Pero

junto a este rigor, también encontramos el rigor de la interpretación y el estudio de los textos: sus contenidos, sus intenciones, sus estéticas, sus personajes.

Un caso distinto lo tenemos en su edición de García Malo (*Voz de la Naturaleza*, 1995). Nos encontramos ahora ante una antología, lo que enfrenta al crítico con otro tipo de problemas, ya que debe, desde ese mismo rigor, ofrecernos una selección de los textos, una selección de los fragmentos que debieran resultarnos más representativos del autor. *Voz de la Naturaleza* reúne una amplia selección de sus novelas, atendiendo al criterio del interés y representatividad. Como en el caso anterior, incluye Carnero un amplio estudio sobre la obra del autor y su trayectoria literaria. Convenía destacar en este sentido que nos encontramos en realidad ante una completa monografía sobre Ignacio García Malo, un autor prácticamente desconocido en las Historias de la Literatura Española, y que, sin embargo, Carnero recupera como un peldaño ciertamente interesante en la historia de la novela.

Pero esta monografía tiene sentido como introducción a la novela. Y es aquí donde nos volvemos a encontrar con unas imágenes poco reconocibles cuando hablamos de Literatura Española. Porque las aventuras casi folletinescas de Lisandro y Rosaura, Teodoro y Flora, la desventurada Margarita, Amadeo y Rosalía, Flavio e Irene, Anselmo y Elisia, Carlota y el brigadier y Eduardo, nos abren un mundo nuevo de emociones y sentimientos al que la Historia Literaria había tratado como un mundo menor, un mundo poco decoroso, poco serio, ignorándose con ello cómo la novela, al igual que había ocurrido con ciertas formas de teatro, iba canalizando

una nueva forma de entender el ser humano como ser sentimental y pasional. Y son precisamente esos conflictos del corazón los que llenan las páginas de las novelas de García Malo, de acuerdo con unas inquietudes estéticas acordes con la construcción de la nueva sentimentalidad burguesa. Los conflictos privados del corazón resultaban, así, un interesante material novelesco, como ya había intuido Moratín en su aparentemente ingenua comedia *El sí de las niñas*. Estas narraciones novelaban ese mundo que Moratín tan sólo había esbozado, pero que muy acertadamente nos había propuesto bajo el pretexto moral de educar en el verdadero amor y su consecución a través del matrimonio. Las historias de García Malo lo que hacen es adornar de obstáculos ese mundo, construyéndose así un tipo de relato de interés para los lectores, que podían ver en esos obstáculos y en esos sentimientos un cierto reflejo de sus propias inquietudes y sus propias emociones.

A caballo entre los enredos del corazón y la aventura del viaje nos encontramos con el texto de Jerónimo Martín de Bernardo, *El emprendedor, o Aventuras de un español en el Asia*, que ha preparado Joaquín Álvarez Barrientos (1998). Al igual que en los casos anteriores, la edición de la novela se acompaña de un completo estudio monográfico sobre la trayectoria literaria del autor, así como de un escrupuloso estudio sobre el texto editado. Se abordan problemas como el estilo, el contexto literario de la novela, su relación con el género de aventuras, sus fuentes y modelos, la supuesta moralidad, sus temas más fundamentales —la amistad, el valor de los sentimientos, el conocimiento del corazón humano—, así como

la acogida por parte de los lectores, destinatarios últimos del relato.

Como puede comprobarse, en todos los casos comentados, nos encontramos, en realidad, con la necesaria puesta en valor de una forma de entender el género novelesco un tanto denostado culturalmente en las Letras Españolas, pero que, gracias a la vigencia actual de la novela como género de aventuras, va mereciendo —cada vez más— la consideración del mundo académico, siempre tan reticente a cambiar sus planteamientos críticos en torno al canon y el valor literario. Las ediciones de los profesores Carnero y Álvarez Barrientos sirven para poner de manifiesto la constante necesidad de releer y revisar la Historia Literaria de la novela en España. También aquí la aventura de la novela fue posible gracias a autores como Gaspar Zavala y Zamora, Ignacio García Malo o Jerónimo Martín de Bernardo, recuperados hoy gracias a los no menos aventureros de la investigación literaria Guillermo Carnero y Joaquín Álvarez Barrientos. Tan sólo cabe esperar que esta labor continúe en próximas entregas, como si de un buen decimonónico folletín se tratara.

Alberto ROMERO FERRER

Carlos GÓMEZ SÁNCHEZ, *Freud, crítico de la Ilustración. Ensayos sobre psicoanálisis, religión y ética*, Crítica (Grijalbo-Mondadori), Barcelona 1998 (265 pp.).

Aunque parece que las más modernas escuelas de la disciplina psiquiátrica pare-

cen desconfiar de la terapia psicoanalítica como herramienta curativa de eficacia real y tienden a desechar la metodología freudiana a la hora de abordar con seriedad cualquier tipo de trastorno mental, la huella que el pensamiento del célebre neurólogo austríaco ha dejado en las más diversas manifestaciones culturales de nuestro tiempo (desde el arte a la sabiduría, digamos, popular) ha sido, y sigue siendo, de singular trascendencia a la hora de entender el pensamiento contemporáneo.

En este sentido, el libro del profesor Carlos Gómez Sánchez (UNED) viene a hacer hincapié en que, más allá de los planteamientos estrictamente clínicos, el psicoanálisis puede ser considerado desde una triple perspectiva: como un medio terapéutico, como una teoría de la vida psíquica y como un método de estudio de aplicación general. Y es desde esta tercera perspectiva, y parapetado tras sus ya numerosos trabajos sobre ética y filosofía de la religión, desde donde Gómez Sánchez reflota a través de una clara exposición las concepciones freudianas de lo que podríamos llamar «cultura», evidenciando en su análisis las crispadas fricciones que tales ideas produjeron a la hora de abordar tanto el fenómeno religioso como el mundo moral. La aparente ambigüedad del título del libro queda, de esta forma, más o menos resuelta: las críticas freudianas al fenómeno religioso conectan las ideas del padre del psicoanálisis con los postulados de la Ilustración, mientras que la parte en que arremete contra la moral (y con ella contra la cultura y las política) Freud dinamita los pilares de muchos dogmas ilustrados. De esta manera, Freud es crítico *desde* la Ilustración a la vez que *contra* la Ilustración:

«Ilustrado crítico, hijo de la Ilustración en muchos de sus temas y orientaciones, es, sin embargo, una de las figuras fundamentales en las que esa Ilustración hace crisis. De ahí que haya podido señalársele como uno de los padres de la, hasta hace poco al menos, tan traída y llevada posmodernidad. Pero también se podría decir que, aunque retomados a otro nivel, en él vuelven a tomar cuerpo algunos de los conflictos básicos que estuvieron presentes en los esfuerzos capitales de la Ilustración.»

En la primera parte del libro, la dedicada a la crítica de la Religión, Gómez Sánchez reconstruye las críticas freudianas basándose principalmente en tres escritos. En primer lugar, y partiendo del artículo freudiano *Los actos obsesivos y las prácticas religiosas* (1907), nos demuestra cómo es evidente el paralelismo que puede observarse entre la liturgia religiosa y ciertas manías neuróticas, puesto que, como explica durante algunas páginas, parece de fácil constatación que ambos fenómenos siguen unos patrones de desarrollo sorprendentemente paralelos.

Por otro lado, al estudiar *Tótem y tabú* (1913), se pone en relación el fenómeno religioso con el viejo mito de «la nostalgia del padre (*Vatersehnsucht*), cuyo lugar vacío va suscitando sucesivas ilusiones que tratan de colmar ese hueco». No es necesario señalar la virulenta polémica que la publicación de estas ideas produjo en la sociedad vienesa de la época. En este mismo orden de cosas aunque con un carácter más concreto, el texto *Moisés y el monoteísmo*, hunde sus reflexiones en la cultura judía y los oscuros recovecos del subconsciente, volviendo a relacionar el origen del sentimiento religioso con lo

que se llamó «el retorno a lo reprimido», madurando en muchos sentidos la tesis ya expuesta en *Tótem y tabú*.

Pero el profesor Gómez Sánchez nos previene de caer en el imprudente error de pensar que el psicoanálisis supone un ataque al fenómeno religioso o una argumentación pro-atéista. Nada más ajeno a la misma voluntad de Freud («él mismo señaló que el psicoanálisis puede aplicarse asimismo a la increencia»). Las ideas freudianas están encaminadas a ahondar de forma aséptica en el origen psíquico del fenómeno religioso sin entrar en ningún momento en cuestiones de creencia, digamos, extracientíficas:

«El psicoanálisis no pregunta por el problema del fundamento sino por el del origen, no pregunta por la cuestión de la legitimidad, sino por el de la función (...) La fe no puede esperar del psicoanálisis ni que la rechace ni que le preste su fundamento, pero sí que critique la manera en que se plantea sus cuestiones.»

Crítica, pues, no para el contenido del fenómeno religioso, sino a la misma concepción de religión, alimentada por pulsiones subconscientes y producto psíquico de controvertida explicación psicoanalítica.

Por otro lado, la segunda parte del libro recoge las principales críticas freudianas a la moral, abordada desde ópticas similares a las utilizadas para la crítica religiosa, es decir, evidenciando «la analogía que se puede establecer entre conciencia moral y conciencia neurótica». Barajando diferentes textos freudianos (*Duelo y melancolía*, *Introducción al narcisismo*, *El yo y el ello*...), el autor expone con rigurosa brillantez la transformación de las relaciones parentales en el embrión del

superyó, la angustia de las castración y la derivativa disolución del complejo de Edipo, el sentimiento de culpa o la percepción de la muerte propia siempre percibida a través de la muerte ajena, etc., elementos todos que van configurando la cimentación psicológica sobre la que se construye el universo moral, producto, obviamente, de situaciones de neurosis más o menos solapadas.

Fue, en definitiva, la labor crítica de Freud una postura que, aunque postulada desde las más rigurosas metodologías científicas, se mostró abiertamente combativa con la sociedad de su momento, una actitud matizadamente nietzscheana, contra una época en la que las más abusivas formas de religión trataban de negar, de forma más o menos pueril, los inquietantes misterios de la realidad, algo que, antes de concluir, el profesor Gómez relaciona en gran medida con los tiempos que vivimos:

«Y creo que algo de esto está sucediendo en nuestra sociedad. Una sociedad que, por más racionalista que se proclame, se entrega, cada vez más vorazmente, al consumo masivo de toda clase de supercherías, en las que formas vagamente religiosas se mezclan con diversas manifestaciones de magia, y todo ello se adereza con toques supuestamente científicos, para ofrecernos este abigarrado cóctel de exorcismos, curanderos, adivinos, horóscopos y otras formas de ansiedad.»

Miguel Ángel GARCÍA ARGÜEZ

José ZORRILLA, *Cada cual con su razón. Edición con prólogo, traslado y notas de Jorge Manrique, con reproducción facsímil del manuscrito autógrafo del autor*, Ayuntamiento de Valladolid, Fundación Municipal de Cultura, 1997 (293 pp.).

José Zorrilla, como hombre que pertenece a una época de cambio, evolución y crítica hacia lo establecido, no desaprovecha la oportunidad y la posibilidad de poner en tela de juicio ciertas costumbres sociales o determinados principios comúnmente aceptados.

La obra, estrenada en 1839, constituye básicamente, una especie de drama, cuyo hilo conductor será el secreto que la protagonista guardará celosamente y que se convertirá en el eje en torno al cual gire el desarrollo escénico. Podría considerarse que el autor comienza a cuestionarse diversos aspectos de las relaciones humanas y, que, en cierto modo, configuran un avance de lo que más adelante aparecerá. Dentro del marco de la sociedad en general y del teatro en particular, Zorrilla nos ofrece su visión personal y modernizada de aquélla.

La protagonista, Doña Elvira, es una mujer independiente, bien caracterizada, nada sumisa, fuerte y segura de sus intenciones. Su amor por un caballero de clase social inferior a la de ella constituye una innovación; al parecer, ha quedado muy desfasada la imagen de la mujer sometida a la voluntad masculina y la diferencia de status no es un impedimento para el verdadero amor, el que nace del alma y del corazón y que no entiende de convencio-

nes ni de conveniencias ya asentadas en la sociedad.

Se reflexiona a lo largo del texto sobre la cuestión del honor, que al ser manciado por el propio rey, se plantea el respeto a éste hasta por la propia realeza. En este sentido, las barreras estamentales parecen infranqueables de manera unidireccional, y lo que demanda el autor es, precisamente, la consideración de las relaciones humanas basadas específicamente en el contexto humano y no social, ya que el rey es un hombre antes que miembro de la realeza. Todos ante Dios somos iguales, así lo dice el propio Don Pedro:

«Yo no me igualo a mi rey;
mas Dios, al crear los hombres,
no hizo distinción de nombres
en la igualdad de su ley»

(vv. 1768-1771, p. 212).

No obstante, el Marqués de Vélez (padre de Doña Elvira) y personaje herido en su honor, muestra una actitud de sumisión y obediencia al rey, prueba del poder ejercido por los principios establecidos. Todo demuestra que el respeto y la obediencia eran dos aspectos característicos del pueblo hacia sus superiores y no al contrario. Esto parece que también lo vislumbra el propio Zorrilla.

Los elementos que forman parte del teatro tradicional y que aparecen en la obra son la presencia de la dueña, representada por el personaje de Inés y la estancia en el jardín. Otros aspectos que preludian un eco de tradición son la costumbre del *visiteo*; Doña Elvira es una privilegiada, pues a su casa va a visitarla para cortejarla el rey, que representará la figura del mítico Don Juan. ¿Hasta qué punto podríamos considerar cuál es la visión que tiene Zorrilla de la realeza si

compara e identifica al rey con un seductor nato?...

Otro de los escenarios propicios para el desarrollo perfecto y acondicionado de la obra es la antesala de la habitación de Doña Elvira, lugar en el que se producirá el desenlace final.

En definitiva, la obra irradia frescura y modernidad, ya que no se trata de un simple texto que refleja a una sociedad determinada, sino que está dotada de un trasfondo basado en el planteamiento del análisis profundo que debe hacerse de la sociedad y de las relaciones interpersonales de aquéllos que la componen.

Mención aparte nos merece el prólogo, lo consideramos excelente y perfectamente redactado. La edición de la obra es, sencillamente, un fiel y respetuoso reflejo de las intenciones de Zorrilla.

María del Mar VILLAVARDE PONCE

Manuel ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, *La Antigüedad en la historiografía española del siglo XVIII: el Marqués de Valdeflores*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga («Colección Textos Mínimos»), Málaga 1996 (171 pp.).

Escribe M. Álvarez en el prólogo de su documentada obra que confía que sus páginas echen por tierra los negros presagios del marqués de Valdeflores sobre el porvenir de su obra. Efectivamente, creemos que el libro que reseñamos contribuye de forma importante a reducir esa oscuridad temida por Velázquez.

Se propone, y pienso que sobradamen-

te consigue, plantear una reflexión sobre el modelo historiográfico de la Antigüedad española en el Siglo de las Luces, a través del análisis de los *Anales de la Nación Española* del aristócrata historiador.

Para llegar a los capítulos nucleares de este trabajo, Álvarez Martí-Aguilar nos va aproximando de una manera ágil y rigurosa, a través de un recorrido por su biografía y por el proyecto historiográfico del marqués, que compaginó siempre que pudo la investigación y erudición histórica, con las exquisiteces poéticas de la Academia del Buen Gusto.

Datos biográficos de interés, profusamente presentes en este libro nos permiten hacernos ese retrato necesario del ilustrado malagueño para interpretar mejor su actuación como historiador y literato: su troncada —voluntariamente— carrera eclesiástica, «cansado de las cavilaciones y sofisterías de las Escuelas [Jesuíticas]»; su participación en la granadina y gongorista Academia del Tripode, junto a Torrepalma y Porcel, donde utilizaría el nombre académico de «Caballero Doncel del Mar»; su posterior admisión en la refinada Academia del Buen Gusto, que se reunía en el palacio de la condesa de Lemos; su ingreso en la Orden de Santiago y en la Academia de la Historia; su tenaz y fecundo viaje recopilador; las incomprensiones y malquerencias cortesanas padecidas; la prisión en Alhucemas; su resignación... y su muerte en 1772. Todos estos datos nos aproximan a ese retrato espiritual de Velázquez, que nos ayudará a la mejor comprensión de sus producciones. El desconocimiento o distorsión de la personalidad del escritor dificulta la adecuada aquilatación de su obra, como ha pasado con frecuencia; por ejemplo, con Tomás de

Iriarte, machaconamente calificado de frío y prosaico, cuando el canario se deleitaba con los contemplación de su pinacoteca, con las exquisiteces de la música..., cuando tenía que disciplinarse en sus versos para corregir su «propensión a un delicado estilo».

Nos señala M. Álvarez que fueron dieciocho años los que dedicó tenaz e incansablemente a la investigación científica, recorriendo pacientemente los caminos del Reino, aportando incluso su propio patrimonio para sufragar los gastos de su trabajo, cuando las controversias y confabulaciones políticas le suprimieron la pensión asignada. Tenacidad, entrega, ilusión, aplicación incansable...: cualidades sin las que no parece posible entender la investigación, y que han quedado eficazmente reflejadas en las pinceladas biográficas que M. Álvarez nos ha proporcionado.

En páginas siguientes se subraya la importancia de la *Noticia del Viaje de España* como depositaria condensada de la información sobre el inmenso trabajo que ocupó a Valdeflores durante casi dos décadas, y como puerta que debe conducir a desatar algunos de sus legajos, que todavía indebidamente reposan en los anaqueles de la Academia de la Historia.

Finalmente, el investigador de la Universidad de Málaga se centra en los capítulos nucleares de la obra y nos proporciona un detallado análisis de los *Análisis de la Nación Española*, donde estudia el modelo de visión de la Antigüedad propuesto por L. J. Velázquez, en línea con la visión historiográfica española dieciochesca. Para llegar aquí, Álvarez recorre fundadamente las concepciones de la Antigüedad española precedente (medieval, renacentista, siglo XVII).

La síntesis final de este trabajo posibilita una ágil visión de conjunto de la posición de Valdeflores sobre la Historia Antigua española: «...la proyección en el ámbito de la Antigüedad de una apología de España frente a la “leyenda negra” que caracterizaba al país como sumido en una incultura y atrasos seculares, sobre todo frente a posicionamientos exteriores». Pero pese a la propia posición de Valdeflores en el panorama apologético, M. Álvarez señala «su condición de valedor del buen gusto neoclásico frente al barroco, unida a su condición de historiador crítico [...] le imposibilita para configurar una visión de la Antigüedad en la que se muestre la superioridad hispana sobre lo europeo».

En cuanto al estilo de su prosa, debemos señalar su linealidad expresiva, su limpieza conceptual y formal, que huye de cualquier ornato, pero que se muestra eficaz desde el punto de vista de la comunicación, que es, a juicio de quien redacta esta reseña, lo pretendido por el autor.

No debemos dejar de señalar la prolija fundamentación que acompaña a sus páginas, con la presencia de numerosas notas a pie de página, que aportan necesarios datos y que permiten abortar planteamientos dudosos desde su inicio.

La tipografía, el papel y el formato constituyen elementos motivadores que nos aproximan fácilmente a sus páginas. Un logro, en suma, que el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga pone en nuestras manos.

Francisco BRAVO LIÑÁN

Sebastián de MIÑANO, *Sátiras y panfletos del Trienio Constitucional (1820-1823). Selección, presentación y notas de Claude Morange*, Centro de Estudios Constitucionales («Clásicos del pensamiento político y constitucional español», 22), Madrid 1994 (483 pp.).

«En el olvido en que ha caído su obra, pueden haber influido las controvertidas circunstancias de su vida y de su compromiso político. Pero mucho me temo que se trate de algo mucho más fundamental: el veterano menosprecio de la crítica hacia lo que suele llamarse “infraliteratura” o “paraliteratura”. Muy peligroso y sospechoso me parece ese empeño de gran parte de la crítica en no querer pasearse sino por las altas cumbres de las obras maestras» (p. 76).

Así es, Sebastián de Miñano, como suele ocurrir con los escritores de literatura efímera y volandera —categoría en la que entra de lleno el género satírico-cosmubrista y el periodismo político de coyuntura—, tuvo una apreciable recepción en su tiempo, donde gozó de gran fama —y de grandes odios—, abundantes reediciones, imitaciones, réplicas, etc. Sus opúsculos fueron leídos con pasión al calor de la inmediatez, pero una vez alejada en el tiempo la circunstancia en que surgieron, la mayor parte de ellos ha caído en el olvido más absoluto. Sólo sus extraordinarios *Lamentos políticos* han tenido una presencia constante en la memoria literaria española, gracias a su inclusión en el tomo 62 de la BAE, a una reedición de 1968 por obra de Valeriano Bozal, y al influjo que estos artículos ejercieron en

autores como Larra o Pérez Galdós. Por todo ello y en particular por las palabras que he copiado más arriba acerca de los prejuicios de la crítica por esta clase de literatura, es muy oportuna la recopilación elaborada por Claude Morange de la obra satírica de Miñano durante el Trienio, época en la que se concentran los escritos que el autor dedicó a tales menesteres y de la cual Miñano es sin duda el literato más representativo.

Lo curioso es que esta faceta de publicista recoge tan sólo una pequeña parte de las ocupaciones intelectuales de Miñano, que se dedicó al periodismo satírico apenas dos años: «de marzo de 1820 a julio de 1822, publicó cerca de doscientos folletos o artículos, anónimos todos» (p. 24). Ni siquiera parece claro que ésa fuese la clase de fama que Miñano buscaba en realidad, y pronto trató de dejarla de lado, sobre todo cuando —como estudia Morange al final de su introducción— experimentó una rápida evolución ideológica, que se puede seguir casi de semana en semana, hacia una violenta oposición al régimen que con tanto entusiasmo había acogido en marzo de 1820. Uno de los valores más ilustrativos que ofrece el volumen que estoy reseñando es, precisamente, el de ver la claridad con la que se deriva del optimismo constitucional y la sátira antiservil de los primeros *Lamentos* a la visión agria y desolada de una España hundida por las disensiones de los liberales, en los textos de 1822, pero ya perceptible en los últimos *Lamentos*. (El propio Miñano, consciente de haber pasado tan pronto de atacar a los serviles para atacar a los liberales exaltados, dedicó a explicarse el artículo «Cuatro palabras a los serviles», incluido en el volumen.)

Morange sostiene, al contrario de quienes ven una completa inversión ideológica en Miñano y otros afrancesados, que esa evolución no es tan extrema, que afecta al conjunto de escritores agrupados en torno a *El Censor* y que se inscribe con una cierta lógica en la convulsa marcha política del régimen constitucional. No sería, pues, una acción arbitraria, extremista e interesada por parte de Miñano, movido por el despecho personal, como se ha querido presentar en ocasiones.

La interesantísima introducción de Morange no se conforma con esbozar la biografía del personaje y los detalles de su labor de periodista en el Trienio, sino que ensaya la difícil tarea de estudiar el estilo del autor para determinar en qué reside esa fluidez y esa gracia aparentemente espontáneas que caracterizan al buen satírico: «...ni los temas tocados ni la oportunidad de la publicación pueden darnos la clave del éxito de los folletos y artículos de Miñano. La explicación hay que buscarla en sus excepcionales dotes de escritor satírico» (p. 33). El reto reside entonces en intentar un análisis retórico que supere las vaguedades de epítetos como «popular», «castizo», etc., con que se ha venido eludiendo desde siempre el profundizar en materia donde hay que hilar tan fino para obtener resultados. Se dedican en la introducción algunas brillantes páginas a esta cuestión y a otra igualmente vidriosa, la de la clasificación genérica, que en este tipo de escritos se antoja misión imposible (véase el apartado «¿Cosmubrimismo, sátira política o panfleto?»).

La edición está excelentemente anotada por Morange, que muestra un exhaustivo conocimiento de la época y en especial de lo publicado en prensa y de los folletos

polémicos. Por otra parte, Claude Morange es gran especialista en la figura de Sebastián de Miñano, lo que no deja de apreciarse en el trabajo realizado. En el volumen se recuperan las tres series de cartas satíricas que elaboró Miñano durante el Trienio bajo diversos seudónimos literarios y con distintos fines en cada caso. La primera de ellas la forman los once *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán que estaba acostumbrado a vivir a costa ajena*, sin duda la obra cumbre de este escritor y que aún hoy se leen con un gozo inigualado por cualquier otro texto satírico de la época; manejando insuperablemente la ironía, Miñano va haciendo una terrible disección de la sociedad española del Antiguo Régimen en boca de dos de sus conspicuos representantes, el Pobrecito Holgazán y Don Servando Mazcuilla. Arias Teijeiro, un destacado representante del bando más reaccionario, no dejó de acusar el golpe y escribió de los *Lamentos*: «Nada más escandaloso. Ridiculiza todo lo más sagrado en aquellos libelos famosos universales; a nada perdona; manifiesta no tener creencia alguna, si se me apura ni en Dios, o a lo menos que es un teofilántropo; manifiesta la mayor inmoralidad sin rubor ni miramientos» (cit. en p. 56). A los *Lamentos* les siguen las cinco *Cartas de Don Justo Balanza al pobrecito holgazán*, en las que Miñano pretendió pasarse a la crítica seria y reflexiva, y en las que el nuevo régimen liberal va siendo cada vez más el blanco de sus ataques. Por fin, aparecen las dieciocho *Cartas de un madrileño a un amigo suyo de provincia*, mucho más periodísticas, ya que están dedicadas a comentar la actualidad de la Corte, donde vemos a un Miñano cada vez más airado y a la defensiva, acosado

por las denuncias ante los tribunales de imprenta.

Pero Morange ha querido también recoger otro material disperso y menos conocido, un total de dieciocho trabajos, en su gran mayoría editados en *El Censor*, y algunos de títulos tan atrayentes como «Sobre la verdadera aplicación de la palabra "tontos"», «Respuesta nada obscura al autor de la *Carta Blanca*» (contra Gallardo), «Definición de la anarquía y elogio de la guerra civil» o «Proyecto de contrarrevolución para desterrar el uso de ciertas palabras nuevas», delirante artículo donde se ridiculiza el uso de palabras como *centralizar, desarrollar, organizar, identificarse, sistematizar, tendencia, funciones, iniciarse*, etc., lo que demuestra, por si aún hiciera falta, que no somos nada y que todo purismo lingüístico es, como el hombre sartriano, una pasión inútil.

Fernando DURÁN LÓPEZ

Francisco NAVARRO VILLOSLADA, *Obra poética. Edición y estudio preliminar de Carlos Mata Induráin*, Departamento de Educación y Cultura del Gobierno de Navarra, Pamplona 1997 (236 pp.).

«...la lección ha de ser continua, las noticias muchas y de buena fuente [...] como la abeja, que libando en el campo el delicado jugo de las flores, de sabores tan distintos, sacan el delicioso, útil, y agradable de la miel, hijo sólo de su desvelo, y trabajo» (La Pensadora Gaditana. Pensamiento XLIX. Cádiz, 6-VI-1764).

La aparición de un nuevo libro siempre es motivo de satisfacción por el enriquecimiento que supone para el mundo de la cultura, gracias a las aportaciones que contenidas en sus páginas. Pero si además ese libro, como el que nos ofrece Carlos Mata Induráin, rescata del olvido un *corpus* poético disperso e ignorado, que reposaba indolente en ignotos rincones, imposibles para el lector, supone un añadido motivo de satisfacción para las letras, para los estudiosos y para cuantos se acerquen a sus páginas solamente movidos por el gozo estético del verso.

La *Obra poética* de Navarro Villoslada ofrecida por la pluma de Mata, incluye en primer lugar —tras el prólogo de Kurt Spang— un estudio preliminar. Comienzan tales páginas con unas pinceladas biográficas del poeta, seguidas de un encarecimiento de su labor literaria, manifestando que si como prosista (novela histórica, novela de costumbres, cuentos y leyendas históricas...), llegó a alcanzar un alto reconocimiento literario, no ocurriría así con su poesía, acaso por permanecer oculta para casi todos por su completa dispersión en las páginas de revistas como *La Avaluancha*, *Revista de Euskara*, *Boletín del Instituto Español*, *El Arpa del Creyente*..., sin contar con las composiciones que ni siquiera llegarían a las prensas. Reconoce Mata —y modestamente nos permitimos coincidir con el autor— el plano secundario que ocuparía el verso de Navarro Villoslada; no obstante señala que algunos de sus poemas están dotados de una calidad bastante aceptable. Títulos como «La niña angelical», «Inconstancia», «La Virgen del Perpetuo Socorro», «El ave de dulcísima garganta»... avalarían —pensamos— la opinión del autor de esta

edición crítica.

Continúa el estudio preliminar esbozando seguidamente un planteamiento de sus pretensiones: publicar el *corpus* completo de la poesía de Navarro, tanto de la publicada como de la inédita, y ordenar temáticamente estas composiciones (31 impresas y 23 no publicadas), acompañadas de un breve comentario. Tal ordenación temática (poemas religiosos, morales, políticos, de circunstancias, amorosos, satírico-burlescos, otros) está acompañada de un estudio métrico, una bibliografía sobre el poeta de Viana, así como de 34 notas que fundamentan las aportaciones críticas referidas.

El *corpus* nos ofrece algunas composiciones portadoras de destacados valores poéticos, como señala el autor de la obra que reseñamos: no están ausentes de sus estrofas las notas emotivas (por ejemplo, en «A Espronceda», «Sal de mi corazón, hondo secreto»...) y alguna delicadeza (así, en «Inconstancia», en las anacreónticas...). Sin embargo, en buena parte de sus versos, se impone una cierta aridez que parece ahogar en ocasiones la aparición del temblor lírico. Igualmente, su frecuente tonalidad declamatoria contribuye a entorpecer la presencia de esencias poéticas.

La temática y retórica sepulcral, tan en boga en la literatura romántica del momento, aunque vendría de lejos, como señala —entre otros— Russell Sebold, que considera que el Romanticismo se da ya plenamente en el Siglo de las Luces, también recibe el tributo de Navarro. Así puede observarse en la elegía «A Espronceda», o en el romance fúnebre «El sepulcro». El ingenio satírico también se hace presente, como puede observarse en sus

versos epigramáticos.

Concluye el *corpus* con 17 notas que contribuyen a una mejor comprensión y a un adecuado aquilatamiento de los poemas aportados.

Debemos señalar igualmente que el ordenamiento estructural, didácticamente acertado, seguido por Mata Induráin en su estudio crítico, nos sirve de eficaz guía para internarnos en los versos que seguirán posteriormente. Su lectura se hace así más cómoda, favorecida además por unos comentarios breves y clarificadores. Subrayemos también la lograda realización material de la obra, con tipografía y papel que invitan decididamente a hojear el libro editado por el Gobierno de Navarra.

Queremos finalmente encuadrar esta reseña reiterando que nos parece importante y gratificante la recuperación de las composiciones que integran la producción poética de Navarro Villoslada; independientemente de su calidad, que sin duda anida en sus poemas, la labor recopiladora y ordenadora realizada por Mata, ha puesto a nuestra disposición unas fructíferas páginas que consideramos serán seguidas con el interés que merecen.

Francisco BRAVO LIÑÁN

José PARÉS Y FRANQUÉS, *Catástrofe morboso de las minas mercuriales de la villa de Almadén del Azogue (1778)*, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha («Colección Monografías», 21), Cuenca 1998 (397 pp.). Edición anotada e introducción de Alfredo Menéndez Navarro.

La más pura y sana curiosidad permite al hombre acercarse a terrenos ignotos o aparentemente poco cercanos al individuo medio. Tamaño inicio cuasi filosófico no pretende establecer un axioma, ni premiar la hipotética bondad y liviandad de un texto como el de José Parés y Franqués, pues la evidencia tangible del propio título da sobradas muestras de que no nos encontramos ante ninguna novela folletinesca. Sin embargo, no hemos de obviar que el ampuloso encabezamiento que da nombre a la obra posee cierto poder de atracción, entrando en juego esa curiosidad, vicio y virtud humanas, a la que aludíamos al principio.

Obviando por un momento el escrito en sí, hemos de subrayar el gran trabajo realizado por el autor de la edición anotada del texto, así como del amplio y exhaustivo estudio introductorio, Alfredo Menéndez Navarro. Ambos elementos conjugados aportan datos que esclarecen, en cierta medida, cuestiones relativas a la ciencia médica. A pesar de esta pequeña muleta, se nos hace necesario reconocer que la mayoría de las alusiones a las que hace referencia el texto, unida a los términos de carácter médico y nosológico, constituyen grandes obstáculos para la perfecta comprensión de alguien poco dcho en la disciplina de Hipócrates. Y es que como bien se aclara en la presentación de la obra, el *Catástrofe* expone un tema histórico sanitario de interés para el estudioso de la historia de Ciudad Real, ciudad a la que pertenece Almadén, bien de la medicina como ámbito más específico.

El escrito de Parés recorre, de manera detallada, el panorama de las enfermedades ligadas con el trabajo minero que su-

pone la extracción del mercurio, amparado en su dilatada práctica profesional como médico del hospital de mineros de Almadén desde 1761. La preocupación de la medicina por el trabajo productivo es un rasgo moderno, como se nos explica en el prólogo, ya que estaba encomendado a siervos y esclavos, estamentos sociales olvidados por la ciencia médica. Hasta el siglo XVII no es posible hablar de un cierto sentimiento filantrópico que impulsa a tratadistas a tratar de establecer códigos sanitarios que regulasen y mejorasen las dolencias de los sectores más productivos de la sociedad. Parés no hace sino aplicar estos cánones iniciados en Europa a la industria minera de Almadén.

El *Catástrofe* consta de dos tratados. El primero de ellos aborda la descripción de las denominadas por Parés *enfermedades corporales* de los mineros. En los quince capítulos que conforman el tratado encontramos la descripción de los síntomas de males como la hidropesía, el sudor vaporoso o los flujos de sangre. El autor propone, después de explicar las posibles causas de tales dolencias, la curación más acertada según su criterio médico.

El segundo de los tratados estudia las *enfermedades médico-morales* de los trabajadores. La sensualidad, la vanidad y la gula entran en este catálogo. Quizá sea ésta la parte más accesible de todo el texto, pues se prescinde en mayor medida de los detalles médico para entrar en disquisiciones éticas sobre las relaciones entre el alma y el cuerpo. Sin lugar a dudas, la curiosidad que despiertan estas páginas ha de ser mayor que la que produce el fragmento en el que se describe la hidropesía.

De cualquier forma, el texto de Parés refleja un profundo conocimiento de la

realidad vital de los mineros del pueblo de Almadén. Obligatoriamente hemos de recordar que la fecha del manuscrito, 1778, lo inscribe en la corriente ilustrada. Ese afán por conocer está, pues, justificado. En este sentido, el autor señaló, de forma reiterada, la temprana incorporación de los niños al trabajo, denunciando asimismo la inexistencia de alternativas laborales en la villa de Ciudad Real.

Como colofón podemos afirmar que la exhaustividad en la descripción de los datos médicos y científicos así como el evidente pragmatismo del escrito, ponen de relieve una manifestación en toda regla del movimiento ilustrado. El incipiente sentimiento filantrópico que rezuma la obra, junto a las curiosas afirmaciones respecto a la causa moral de ciertos males hacen más placentera y llevadera la lectura de una obra que, sin género de dudas, no va a cautivar a un extenso espectro de lectores. No obstante, merece ser revisada en virtud de la cuidada y rigurosa edición que Menéndez Navarro hace del texto.

Alicia HERNÁNDEZ FERNÁNDEZ

Manuel BRETÓN DE LOS HERREROS, *Marcela o ¿A cuál de los tres?* Edición de Miguel Ángel Muro, Universidad de La Rioja, Logroño 1998 (171 pp.).

Manuel Bretón de los Herreros (Quel, La Rioja, 1796-Madrid 1873) es uno de esos escritores que descansan en un pedestal no demasiado alto, esperando que su figura y su obra literaria vuelva a ser retomada por algún crítico, que de una vez por todas, descubra y nos haga parti-

cipe de la amplia gama de virtudes que sus textos contienen. Miguel Ángel Muro, profesor de Teoría de la Literatura de la Universidad de La Rioja, nos trae la última edición de una de las obras de mayor prestigio del autor riojano, *Marcela o ¿A cuál de las tres?*, donde a partir de un sencillo y breve estudio (quizá lindante en lo esquemático) nos insta al disfrute de las páginas posteriores.

Marcela o ¿A cuál de las tres? cuenta la historia de una joven y hermosa viuda que es pretendida y cortejada por tres personajes bastante bien distintos. A saber; un altivo y lengua-raz capitán militar andaluz (D. Martín), un tímido y vanidoso poeta cuasi-romántico (D. Amadeo) y un mequetrefe del tres al cuarto, enclenque, afeminado, necio y fatuo (D. Agapito), que son presentados con diferentes muestras de cariño por el autor riojano. Nuestra viuda protagonista (Marcela) tras muchas deliberaciones decide quedarse con su libertad y defenestrar a los tres personajes, aunque mostrando mayores simpatías por el militar, cariño pseudomaternidad por el poeta y un desprecio sin límite por el lechugino de Don Agapito. Marcela es una creación compleja, rica en matices, de profunda definición psicológica, un hallazgo que sorprende en un autor tan poco conocido (y/o considerado) dentro de la historia literaria patria. Un personaje capaz de, aun siendo mujer, elegir su destino y optar por una independencia que seguramente en 1831, año del estreno de la obra, no tenía que ser muy bien visto. Tanto como ahora.

El profesor Miguel Ángel Muro hace una edición que a mí se me queda corta, escueta, un trabajo que no sé si por razones editoriales o de otro tipo, nos deja con

la sensación de que se podría haber ahondado más en casi todos los apartados en los que divide su estudio. Tras un muy breve prólogo (lo bueno si breve, dos veces breve), le sigue unas breves notas bibliográficas donde se nos aportan unos breves datos sobre el autor de la obra. Tras habernos introducido brevemente en la vida de Bretón de los Herreros (del que ya sabemos que era tuerto) se nos informa con más profusión de lo que realmente nos interesa: la obra. De este apartado podemos destacar el subapartado que lleva por nombre «Ideario dramático», donde el profesor Muro nos habla de la concepción teatral y de las apreciaciones literarias de Bretón.

Luego, en el análisis específico de la obra editada es cuando se hacen más patentes las críticas que un modesto particular realizaba en un principio. La disección de *Marcela o ¿A cuál de las tres?* es amplia en puntos tratados, desde el argumento hasta la estructura, desde el tiempo dramático hasta los personajes dramáticos, desde los códigos hasta la mímica y los gestos. Pero toda esta gran cantidad de puntos carecen de las suficientes cualidades filológicas por lo esquemático de sus resoluciones y lo monótono de su ritmo compositivo y su vocabulario.

A fin de cuentas una edición que despierta la curiosidad por un interesante autor menospreciado por la historia, pero que contiene un gran número de valores literarios que le hacen diferente al teatro de su época y una voz analizable para comprender un poco la evolución del teatro del siglo XIX (tendré que acostumbrarme a no poner pasado). De la edición decir que se queda corta en algunos aspectos y que no sitúa al autor en su con-

texto social y literario. Podría haber resultado algo más interesante.

Manuel ORTEGA PÉREZ

Joaquín ÁLVAREZ BARRIENTOS y María José RODRÍGUEZ SÁNCHEZ DE LEÓN (coords.), *Diccionario de literatura popular española*, Ediciones Colegio de España, Salamanca 1997 (368 pp.).

Lo «popular» siempre ha sido uno de esos conceptos escurridizos y a la vez maleables que lo mismo sirven para un rato que para un descosido. Su dificultad y su aprovechamiento vienen ambos de los difusos límites en los que supuestamente se encierra el término y éste es, precisamente, el mayor problema con el que *a priori* se ha tenido que enfrentar este proyecto: dilucidar primero con claridad qué es lo popular.

Leyendo las páginas preliminares, se nos advierte que se va a utilizar un sentido amplio del concepto, entendiendo la literatura popular no sólo como la oral, sino la creada por y para el pueblo, además de la literatura que sin ser creada para el pueblo, éste toma para sí (como pueda ser todo lo relacionado con la alegría o el gozo, por ejemplo). Esto ensancha la diversidad y la riqueza del diccionario, pero a la vez le lleva a terrenos discutibles o, cuanto menos, que se introducen en otros campos que no son el estrictamente literario; así, entradas como «habla dialectal» o «germanías» entrarían más adecuadamente en un diccionario de cultura popular que literario.

Todo esto responde, en verdad, a que

este trabajo es hijo de otro proyecto más amplio: el *Diccionario etnológico de España*, que dirigía el recordado Julio Caro Baroja, más ambicioso y complicado, fruto de cuya labor, además de este libro, ya han salido el *Diccionario histórico de la antropología española* (Carmen Ortiz García y Luis Ángel Sánchez Gómez, coords., CSIC, Madrid, 1994) y *Etnología de las Comunidades Autónomas* (Matilde Fernández Montes, coord., CSIC - Ed. Doce Calles, Madrid, 1996). Para el citado proyecto de Caro Baroja, se le encomendó a numerosos estudiosos (sesenta según la lista de colaboradores, entre los que se encuentran nombres tan importantes como Andrés Amorós, Iris M. Zavala, Javier Huerta Calvo, José María Díez Borque, Leonardo Romero Tobar, Maxime Chevalier o Margit Frenk Alatorre) una o más entradas según su especialidad.

Todos estos condicionantes han hecho que algunos criterios de elaboración de entradas no hayan sido suficientemente fijados o acotados. Así, es de extrañar que la bibliografía final que acompaña al término «romancero» (fundamental en la literatura popular) sea considerablemente menor que la de la entrada «ensalada», o que el espacio dedicado al «cante flamenco» sea evidentemente inferior al de, por ejemplo, el término «estampa».

Sin embargo, todos estos errores que he expuesto no son más que consecuencias casi inevitables que surgen cuando se afrontan proyectos de tal envergadura. En líneas generales, este *Diccionario de literatura popular* es una obra útil y admirable, en el sentido en que es una apuesta arriesgada y valiente, y eso en estos tiempos que corren (qué quieren que les diga) me convence más que cualquier estudio

intachable pero insulso y vacuo, por repetitivo o innecesario.

En efecto, esta obra viene a cumplir una función bastante provechosa: la de servir de primera toma de contacto en el cada vez más profuso y abigarrado ámbito de la literatura popular. Pero aún hay más. Entre sus virtudes cabe destacar la de ser una invitación al estudio y la profundización, un aliento para el abordaje de futuras investigaciones. En ese sentido, hay que destacar la claridad pedagógica con la que se desarrollan las entradas, la buena prosa que en general abunda en ellas y la clarificadora (a pesar de los peros que hemos señalado antes) bibliografía elemental con la que finaliza cada término, aparte de descubrimos numerosos conceptos que generalmente se desconocen o están muy poco estudiados. Es pues un libro para el iniciado y para el investigador porque tiene la virtud impagable de toda obra informativa que se precie: la de ampliar hasta límites habitualmente olvidados nuestro siempre ávido caudal de cultura general.

Iván MARISCAL CHICANO

María Isabel JIMÉNEZ MORALES, *Escritoras Malagueñas del siglo XIX*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga («Atenea. Estudios sobre la mujer», 21), Málaga 1996.

Escritoras Malagueñas del siglo XIX es una excelente obra de María Isabel Jiménez Morales, que da a conocer al lector la literatura escrita por las mujeres de la Málaga decimonónica y, a través de ella,

lo que se escribía en el resto del país. A lo largo del siglo pasado, muchas mujeres se acercaron a la creación literaria, unas con timidez y otras con decidida voluntad de estilo. Este libro es fundamental, en el sentido de que mitiga el desconocimiento que de estas ha existido y existe: cerca de treinta son las escritoras rescatadas del olvido.

Esta obra se une a ese movimiento de recuperación de la literatura femenina del XIX, que investigadoras tan destacados como Susan Kirpatrick o María del Carmen Simon Palmer dirigieron en las últimas décadas. Por otra parte, es heredera y continuadora, en su esencia, del espíritu que alentó a Narciso Díaz de Escovar en su *Galería de Malagueñas* allá por 1901.

Este libro puede dividirse en dos partes bien diferenciadas: en la primera, la autora ofrece una aproximación a la literatura femenina de la Málaga del siglo XIX. Realiza un estudio de síntesis, estructurado en generaciones literarias, en el que presta especial atención a los temas y géneros cultivados por las malagueñas. María Isabel Jiménez agrupa a las escritoras en tres Generaciones, en base a la fecha de nacimiento de éstas. La primera es la formada por las nacidas antes de 1830: ésta acoge tan sólo a Dolores Gómez de Cádiz y a María Mendoza. La segunda experimentará un aumento considerable, son las que vieron la luz entre 1831 y 1849: entre otras autoras podemos destacar a Rafaela Bravo Macías o a Isabel Cheix Martínez. La tercera generación es la que contiene a las literatas nacidas entre 1850 y 1859: este grupo, que es el más numeroso, cuenta con figuras tan interesantes como Aurora Fuster Gallardo, María Carlota Rodríguez Gálvez o Gertru-

dis Checa Hernández.

Por lo general, estas ilustres mujeres escriben por la necesidad de desahogar sus problemas personales, de llorar la muerte de sus seres queridos, de dar rienda suelta a su sensibilidad o de colmar una intención moral. La literatura, por tanto, es para ellas una forma de autoexpresión. También una manera de huir de su monótona existencia, o lo que es lo mismo, un instrumento que les permite vivir otras vidas sin horizontes tan limitados. Observamos que los escritos de las literatas son muy homogéneos: como bien dice Jiménez, esto puede deberse a la vida tan parecida que presentan, casi siempre en el hogar o en el claustro.

En cuanto a los géneros cultivados por éstas, señala la autora que el primer lugar lo ocupó la poesía, por ser la más acorde con el alma femenina. Los temas elegidos por las malagueñas fueron los universales, como el elogio de la naturaleza, la religión, el paso del tiempo, la muerte o el amor desengañado, en un tono siempre sentimental e intimista. Los metros también ofrecen una relativa variedad, entre ellos cabe destacar la oda, el soneto, las seguidillas y, sobre todo, el romance, revalorizado en el siglo XIX.

La novela es el segundo género más cultivado por las escritoras. Destacan las de inspiración histórica, pero también la novela contemporánea y de costumbres. Dentro de la literatura de corte narrativo, María Isabel Jiménez hace especial mención de los cuentos y las leyendas en prosa, por el carácter didáctico que éstos presentan. En el teatro, frente a la poesía y la novela, no sobresalieron las mujeres durante el siglo pasado. Y es que, según la autora, parece que este género no debió

de estimular a las malagueñas. Los temas son los contemporáneos, pero también retroceden a la España de la Reconquista, a los siglos áureos, en fin, a lo que se llevaba entonces. Solían mezclar verso y prosa, pero se advierte una clara preferencia por el primero. En cuanto a la escritura periodística, algunas publicaron en las páginas de *El Último Figurín*, *El Ángel del Hogar* o *Flores y perlas*; pero, advierte María Isabel que no fue lo más frecuente.

En la segunda parte del libro, la autora ofrece un catálogo biobibliográfico, en el que se comprueba que no son muchas las escritoras para todo un siglo. Sin duda, esto puede deberse a que la sociedad no aceptaba bien a la mujer que accedía a la literatura, porque pensaba que ésta era incompatible con la virtud femenina. En cuanto a la estructura material de cada una de las entradas del catálogo, hemos de decir que las literatas se presentan por orden alfabético, prefiriéndose la forma más utilizada por ellas cuando firman sus escritos. Se ofrece la biografía y una relación de los repertorios en los que puede encontrarse información sobre ellas. Después de la vida, se enumera su labor literaria: libros, prólogos y traducciones realizadas por las autoras; colaboraciones en prensa, en obras colectivas o de otros autores; manuscritos, poemas dedicados y otros estudios y artículos sobre ellas.

A través de la lectura de esta obra, uno tiende a recordar aquella máxima antigua que hace ya muchos siglos pusieron en boga nuestros primeros clásicos; me refiero a «enseñar deleitando», algo que suelen agradecer sobremanera los estudiantes. Personalmente, creo que la autora merece un reconocimiento, sobre todo femenino, por haber saldado la deuda con-

traída con estas escritoras después de tantos años de silencio y olvido.

José Manuel VÁZQUEZ HACHERO

Diego Alejandro GÁLVEZ, *Un sevillano por Europa. El viaje de Gálvez en 1755. Itinerario geográfico, histórico, crítico y litúrgico de la España, Francia, País Bajo y gran parte de Alemania*, Guadalquivir Ediciones - Ediciones del Cabildo Metropolitano de la Catedral de Sevilla, Sevilla 1996. Introducción de Juan Guillén Torralba.

Gabriel de ARISTIZÁBAL, *El viaje de Gabriel de Aristizábal a Constantinopla en 1784. Edición de Ricardo González Castrillo*, Fundación Universitaria Española, Madrid 1997.

Años atrás, se empezó a prestar cierta atención a las publicaciones de libros de viajes de románticos extranjeros por España. Existía curiosidad por conocer la imagen del país que ellos habían resaltado, o incluso *inventado*. Más tarde, al recuperarse el XVIII como un siglo cargado de expectativas e ilusiones dentro de la vida española, se buscó también, como otro espejo, la mirada del viajero extranjero, pero esta vez con mentalidad ilustrada, para confrontar su enfoque con el de la época romántica. Pero tras ese interés por comprobar cómo nos ven los *otros*, parecía esconderse un síntoma más de esa tradicional dependencia que de la opinión exterior se ha mantenido siempre en España. Afortunadamente, en los últimos tiempos, se está acudiendo a otra tipología de

viajeros, lo cual revela un cierto desplazamiento de valores: del narcisismo y de la pasividad que denotaba estar tan pendiente de la mirada extranjera, se ha pasado a preferir las narraciones elaboradas por los propios españoles embarcados en alguna aventura por otras latitudes.

Dos recuperaciones recientes insisten en este aspecto, de viajes dieciochescos de españoles *fuera* de España, que, además, en estos dos casos, para mayor atractivo, no abandonan la península para seguir la querencia del frecuentado derrotero americano. El itinerario es europeo en la narración de Diego Alejandro de Gálvez, y turcoasiático en la de Gabriel de Aristizábal. Para acrecentar aún más su interés se trataba de obras inéditas que salen de la imprenta por primera vez, precedidas, además, de dos buenas introducciones, la primera, obra de Juan Guillén Torralba, y la segunda, de Ricardo González Castrillo.

Las motivaciones de los dos viajes son distintas. El viaje de Gálvez, racionero y bibliotecario mayor de la Catedral de Sevilla, y miembro de la Academia de Buenas Letras, de esta misma ciudad, se llevó a cabo en 1755 y se enmarca dentro de la tipología de los recorridos *culturales*, entendiendo esta asignación en su sentido ilustrado más ambicioso. Como acontece también con los viajes europeos de Ponz, de Moratín, del Marqués de Ureña, del Conde de Maule, una curiosidad sin aparentes limitaciones preside el desplazamiento de este sevillano, que no sólo anota cuanto ve, sino que procura contrastar las nuevas vivencias con sus recuerdos de España. Estas continuas digresiones si bien rompen en muchos momentos la unidad de su discurso, presta con su *comparativismo*, europeo y español, uno de sus

mayores alicientes a la obra. El viaje de Gabriel Aristizábal a Constantinopla, realizado en 1784, tuvo un origen más institucional, militar y diplomático. Pero en aquellos años ilustrados, la curiosidad y el deseo de descubrir la singularidad de los *otros*, sobre todo si los envuelve un cierto exotismo, como en el caso de los turcos, no quedaba reservada a los hombres de letras, como Gálvez. Un marino como Aristizábal también se hace eco de esa misión y, tras despachar en sus escritos los datos y medidas oficiales, elabora unas espléndidas páginas sobre un mundo que hasta entonces había estado vedado a los españoles. Consciente de su oportunidad, este jefe de la primera escuadra española que, con intención no bélica, discurre por aquellos parajes, lo apunta todo. Su deslumbramiento es muy distinto al de Gálvez, pero los dos se complementan: son dos españoles que han dejado de mirarse a sí mismos y están sobre todo pendientes de lo que ven, de los otros, de los europeos, de los asiáticos.

Alberto GONZÁLEZ TROYANO

María Pilar SÁENZ ARENZANA, *José Somoza. Vida y obra literaria*, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura («Colección Villalar», 15), Salamanca 1997 (136 pp.).

José Somoza (1781-1852), escritor entre dos épocas y, sobre todo, escritor raro, sigue todavía siendo desconocido para casi todos. Pocos casos como el suyo presentan la combinación de una general estima de contemporáneos y estudiosos

con un olvido igualmente general. No hay reediciones de su celebrada obra, salvo en inencontrables versiones de la editorial Sexifirmo de Piedrahita, hechas en los años 70 y 80. Esto se debe, con claridad, a que Somoza fue conscientemente, por propia elección, un escritor menor, íntimo, de voz humilde e introspectiva, en un tiempo en el que los literatos ansiaban la fama más atronadora y perseguían un estilo de altos vueltos que, con significativa calificación, todavía seguimos llamando «decimonónico». Nada menos decimonónico, en verdad, que este escritor del siglo XIX, el solitario de Piedrahita, de quien se ha dicho que era «un Montaigne de aldea»: no es poca cosa en un país donde los Montaignes se cuentan con una mano.

Somoza escribió poemas, ejercicios teatrales —apenas pueden denominarsele «obras de teatro»—, alguna novelita y, con especial fortuna, artículos costumbristas de fina prosa que enamora al lector sin hacer el más mínimo alarde, convirtiendo la sencillez y la precisión en el fundamento de su arte. En ninguno de los géneros que practicó puede clasificarse con facilidad, porque nunca quiso seguir modas ni practicar formatos consagrados. Según Sáenz Arenzana, «sus escritos (...) se alejan del costumbrismo tradicional. Como poeta es difícilmente encasillable. Su obra poética supone una conciliación entre la tradición clásica y la novedad decimonónica. Además, escribió obras de teatro que nunca pasaron de una representación “casera” o de un mero ejercicio de declamación» (p. 7). Me parece que esa incomodidad para encuadrar al abulense en las corrientes y géneros principales, así como el poco peso de su obra, tienen que ver con la ausencia de estudios monográficos

acerca de este escritor. El más importante, de Lomba y Pedraja, se remonta a 1904.

Por eso, hay que agradecer vivísimamente la aparición de este pequeño volumen, preciosamente editado, al que, de entrada, sólo puede criticársele su propia brevedad. Es una brevedad que el lector siempre agradece, por desacostumbrada en esta clase de estudios y porque la autora no nos proporciona una sola línea que no sea necesaria e informativa, prescindiendo de rellenos o fuegos de artificio, pero que también desilusiona pensando que pudiera haberse dicho más sobre alguien de quien sabemos realmente poco. No obstante, en este espléndido estudio se cubre la totalidad de la obra de José Somoza. Se divide en cuatro partes: biografía y personalidad, obra en prosa, obra poética y obra dramática. Sigue un pequeño apéndice documental, que incluye material inédito de interés, y una útil bibliografía.

El segmento más interesante es, como el propio tema impone, el de la prosa. Somoza viene figurando como escritor costumbrista en las historias de la literatura, pero Sáenz Arenzana acierta a expresar su profunda diferencia con el costumbrismo de aquel tiempo, que se sitúa en la fusión de literatura y vida, en el autobiografismo explícito y cotidiano que da pie a todos sus artículos. Es él mismo su personaje, sin recurrir a tipos genéricos o a figuras ficticias: él mismo, pero también sus hermanos, sus amigos y vecinos, con nombres y apellidos. La autora estudia, además, el papel que juega en su prosa la vida retirada, la sensibilidad, la historia, la política, el estilo... La conclusión general a la que se puede llegar tras leer estas páginas es que la obra de Somoza está presidida por un intenso impulso ético,

por su aprecio ante el ser humano y su condición moral por encima de cualquier otro afán.

También de gran penetración resulta el análisis de su poesía, adornada por cualidades semejantes a las de su prosa, igualmente lejana de todo exceso verbal o amaneramiento. Sin ser un poeta mayor, sí es autor de obras mayores, como el bello soneto XIII que empieza «La luna mientras duermes te acompaña», que mereció encendidos elogios de Gerardo Diego y al que la autora dedica un apartado de su libro.

En suma, se trata de una monografía ante todo necesaria, que espero que sirva para reavivar el interés por la figura de José Somoza y para animar a alguna editorial a emprender la publicación de, al menos, unas prosas completas en edición rigurosa, porque los lectores se están perdiendo a un escritor excepcional.

Fernando DURÁN LÓPEZ